

fesores, enfermeros, policías, bomberos, administrativos, porteros y prácticamente todas las categorías de empleados del Estado, así como de muchos otros trabajadores no estatales en solidaridad que veían este cambio en las reglas del juego como un ataque a sus intereses comunes. Las muchas microclases presentes en el empleo del Estado se fusionaron repentinamente en una gran clase. La comunidad de intereses *con respecto a las reglas del juego* se hicieron más importantes que los intereses, la educación y las experiencias conectadas a las ocupaciones concretas. Al mismo tiempo, el ascenso de la política izquierdista antineoliberal en partes de la Europa meridional, a la vista de la prolongada austeridad, y la victoria de Syriza en Grecia con el intento de cambiar las reglas del juego en el que se regulan las finanzas y se gestionan el ingreso y la distribución de la riqueza, reflejan la comunidad potencial de intereses de clase más allá de las microclases de «unidades ocupacionales» homogéneas. Al identificar a un enemigo común de clase –el capital financiero y las instituciones estatales que protegen sus intereses–, se forma una amplia alianza de clase en contra de las reglas del juego del capitalismo.

Las variaciones entre individuos en cuanto a actitudes, gustos, estilos de vida, amistades y todas las demás cuestiones que han investigado Grusky y Weeden son objetos legítimos del análisis de clases, pero, por su naturaleza, están íntimamente vinculados al micronivel. Si estas son las únicas cuestiones en que está uno interesado en este momento de la historia de los países capitalistas ricos, el análisis de clases a micronivel identifica los procesos causales más sistemáticos. Sin embargo, si el objetivo explicativo propio se refiere al potencial de cambio social progresivo de las reglas del juego y las transformaciones emancipadoras del propio juego, resulta esencial superar la preocupación primera con los movimientos del juego tan sólo. Las personas viven sus vidas en estructuras de clase que conforman sus intereses y su criterio subjetivo no solamente acerca de qué estrategias serán inmediatamente óptimas para asegurar sus intereses económicos sino también sobre las reglas del juego y el juego mismo. Lo que necesitamos es un análisis de clases que trascienda estos niveles de análisis y explore sus interconexiones.

VII

Las ambigüedades de la clase en *El capital* en el siglo XXI de Thomas Piketty

Hasta hace muy poco, el único contexto en el que se trataba la desigualdad como un «problema» en los medios de masas era el de los debates sobre oportunidades y derechos. La igualdad de oportunidades y la igualdad de derechos son valores estadounidenses profundamente sentidos y ciertos tipos de desigualdades se consideran como una violación de esos ideales. La discriminación racial y de género son problemas porque otorgan ventajas competitivas injustas para determinadas personas y desventajas también injustas para otras. Son contrarias al ideal «reglas de juego limpio». Desde luego, hace mucho tiempo que se viene considerando públicamente la pobreza como un problema importante, pero incluso aquí el tema principal no era la magnitud de la *distancia* entre el pobre y el rico sino la privación material absoluta de la gente que vive en la pobreza, especialmente de los niños y cómo esta circunstancia daña sus oportunidades vitales¹. La Guerra a la

¹ La preocupación con la pobreza como privación absoluta se refleja en la forma en que se mide la tasa de pobreza en Estados Unidos. En la mayoría de los países económicamente desarrollados, esta tasa se define como el porcentaje de población que queda por debajo del 50 por 100 de la media del ingreso de los hogares (ajustado a los tamaños de dichos hogares). En Estados Unidos, por el contrario, la tasa de pobreza se define como aquel porcentaje de la población que queda por debajo de cierto nivel absoluto de ingreso definido como «línea de pobreza». En otros países, la pobreza es tanto una cuestión de niveles en la desigualdad de la mitad inferior de la distribución de ingresos como de las condiciones materiales de vida en esa mitad inferior en tanto que, en Estados Unidos, la atención se centra exclusivamente en el nivel absoluto de ingreso de la parte inferior.

Pobreza dio lugar a la creación de una oficina de oportunidad económica en vez de una oficina para la reducción de la desigualdad. La forma en que la pobreza constituye una desventaja ha constituido siempre una gran preocupación, pero, en el debate público, casi no se ha prestado atención al grado de desigualdad de los recursos o a las condiciones de vida en la distribución del ingreso como tal. La desigualdad no se ha reconocido públicamente como un problema importante.

Incluso entre los académicos, los debates sobre la desigualdad se concentraron hasta hace poco casi completamente en la movilidad social y la generación de ventajas y desventajas sociales. Se ha manifestado una gran preocupación por las desigualdades en la forma en que las personas acceden a las posiciones sociales y, por supuesto, se ha investigado mucho acerca de la dureza de la vida para la gente que vive por debajo de la línea de pobreza, pero casi nadie se ha preocupado por la magnitud de las desigualdades entre las posiciones mismas. La desigualdad no era un problema importante reconocido como tal por los estudiosos.

La ausencia de debate sobre la magnitud de la desigualdad económica se daba, en gran medida, entre los conservadores y los liberales. Preocuparse por la distancia entre los ricos y los pobres y por la «clase media» parecía ser síntoma de envidia y resentimiento. En la medida en que las fortunas y los elevados ingresos se hayan adquirido legalmente, esto es, mediante juego limpio, el grado de desigualdad que se genere no es algo objetable. Y, lo que es más, como mucha gente sigue argumentando incluso hoy día, a largo plazo, los elevados ingresos de los ricos benefician a todos puesto que las nuevas inversiones salen de esos elevados ingresos y las inversiones son una condición necesaria para que ascienda la proverbial marea que hace flotar todos los botes. La desigualdad no era un problema político importante reconocido como tal por los estudiosos.

Esta situación ha cambiado radicalmente. Hoy día todo el mundo habla de la desigualdad. Los medios, las universidades y los políticos prestan cada vez mayor atención al problema de la desigualdad como problema específico. La consigna del movimiento *Occupy* lo ejemplifica: el 1 por 100 contra el 99 por 100 indica un antagonismo entre quienes están en la cúspide de la distribución de ingresos y todos los demás. Los políticos y los expertos hablan de los peligros del aumento de la desigualdad. Y los estudiosos han comenzado a investigar, de modo más sistemático, sus cambiantes contornos.

Tal es el contexto en el que apareció el libro de Thomas Piketty *El capital en el siglo XXI*, que provocó gran expectación y que se convirtió en un inesperado éxito de ventas². El libro tiene 663 páginas y está publicado por una editorial universitaria. Aunque el texto es ágil a veces, se trata de una obra erudita, escrita en un estilo académico sobrio, esto es, no se trata del tipo de libro del que pudiera esperarse que se vendiesen cientos de miles de ejemplares. Pero se han vendido. Este éxito prueba la importancia de la desigualdad como tema de intensa preocupación pública³.

El libro de Piketty consiste en un detallado análisis de la trayectoria de dos dimensiones de la desigualdad económica y de su interconexión: el ingreso y la riqueza. Los intentos anteriores de investigación en estos asuntos se han visto muy dificultados por falta de datos sobre las personas más ricas tanto porque se selecciona a muy poca gente rica en las muestras como porque se pone un límite superior en las categorías de ingreso y riqueza en la mayoría de los datos. También ha sido imposible estudiar sistemáticamente la trayectoria histórica de la desigualdad en más de unos pocos decenios por falta de datos fiables mucho antes de la mitad del siglo XX. Piketty ha resuelto estos problemas, en gran medida, acopiando un inmenso banco de datos, que se remonta a comienzos del siglo XX, basado en informaciones fiscales y estatales⁴.

² Thomas Piketty, *El capital en el siglo XXI*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014. Las citas del texto corresponden a esta edición [ed. orig. francesa: *Le Capital au XXI^e siècle*, París, Seuil, 2013].

³ *El capital en el siglo XXI* puede ser también un buen ejemplo de un libro que se vende mucho pero que rara vez se lee entero. Jordan Ellenberg ha elaborado un indicador que llama el Índice de Hawking (en honor al título del libro de Stephen Hawking *Breve historia del tiempo*) donde se identifican los cinco pasajes más populares de un libro subrayados por los lectores de Kindle y relacionados en una pestaña de Amazon como «pasajes populares». En el Índice de Hawking, se toma la media de los números de las páginas de los pasajes subrayados y se divide por el número de páginas del libro. Es un indicador tosco de hasta dónde ha leído la gente un libro: El índice, para muchos libros, está en el 40 por 100. En *Breve historia del tiempo* está en 6,6 por 100 y el libro de Piketty se sitúa en el 2,4 por 100. Para una explicación, *vid.* Jordan Ellenberg, «The Summer's Most Unread Book Is...», *The Wall Street Journal*, 3 de julio de 2014 [disponible en <http://www.wsj.com/articles/the-summer-most-unread-book-is-1404417569>].

⁴ En la elaboración de la base de datos intervino otro economista, Emmanuel Saez. Es de acceso público en un sitio web excelentemente diseñado, *The World Top Incomes Database* [<http://topincomes.g-mond.parisschoolofeconomics.eu>].

En lo que sigue, expongo sucintamente los argumentos y conclusiones centrales del análisis de Piketty sobre las trayectorias de la desigualdad de ingresos y riqueza. Luego considero la función problemática que corresponde a las clases en su análisis.

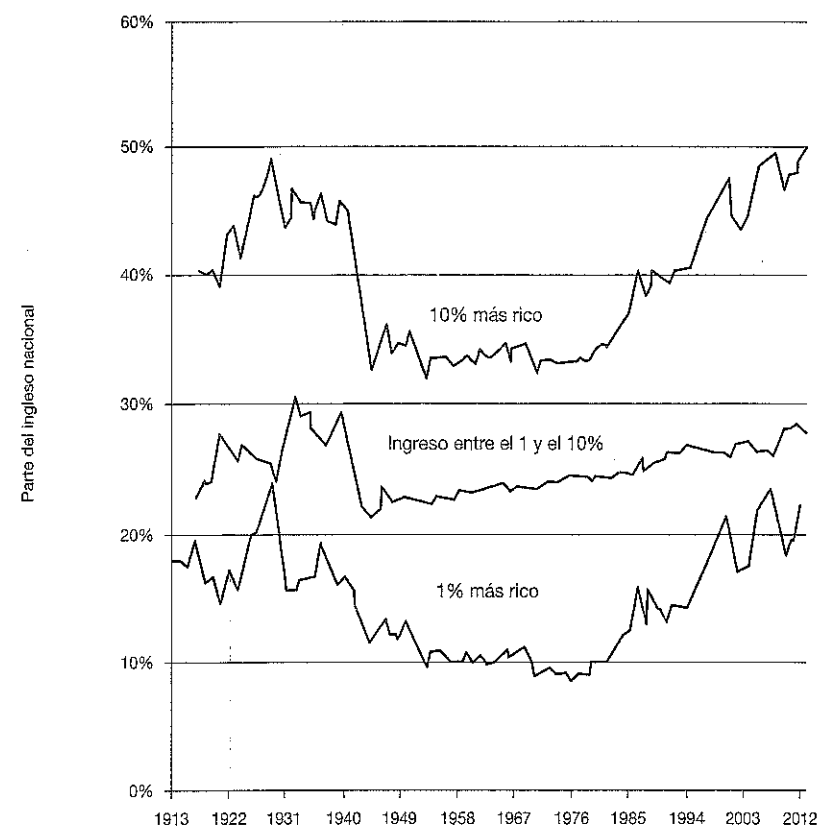
La trayectoria de la desigualdad de ingreso

La observación central que anima gran parte del análisis de Piketty es el ya familiar gráfico en forma de U de la parte del ingreso nacional que corresponde a los porcentajes superiores de la distribución del ingreso. El gráfico 7.1 es una versión de aquel y en él se muestra el porcentaje del ingreso nacional de Estados Unidos que se llevan el 10 por 100 y el 1 por 100 desde 1913 a 2012. La parte del decil superior en el ingreso nacional total (lo que incluye las rentas del capital) alcanzó un máximo temprano del 49 por 100 en 1928 y luego se mantuvo en torno al 45 por 100 hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando cayó de golpe hasta el 35 por 100, manteniéndose a ese nivel durante cuatro decenios hasta que empezó a crecer de nuevo rápidamente en el decenio de los ochenta, alcanzando un nuevo máximo de poco más del 50 por 100 en 2012. Merece subrayar este hecho básico: en 2012 el 10 por 100 más rico de la población disponía de algo más del 50 por 100 de todo el ingreso generado en la economía estadounidense.

Este gráfico es el que más se ha divulgado de todos los hallazgos de que se informa en el libro de Piketty³. Pero hay otro hallazgo casi de igual importancia: el gran aumento en la parte del decil de los ingresos superiores se debe, en buena medida, al enorme incremento en la parte de ingreso del 1 por 100 superior. De los 17 puntos porcentuales de aumento en la parte del ingreso que fue al decil superior entre 1975 y 2012, 13,6 puntos porcentuales (80 por 100 del aumento) fue al 1 por 100 superior, mientras que la parte correspondiente al restante 9 por 100 más rico de la población sólo aumentó en 3,4 puntos porcentuales. No es solamente que el ingreso se concentre más en la cúspide, sino que se concentra mucho más en la cúspide de la cúspide.

³ Aunque no pueda probarlo, sospecho que distintas versiones de este gráfico deben de ser las estadísticas más ampliamente difundidas en la historia de la ciencia social. Nadie entre quienes he preguntado ha propuesto ninguna alternativa que se haya difundido tanto.

Gráfico 7.1. Parte del ingreso nacional según diferentes categorías de altos ingresos



Fuente: *The World Top Incomes Database*
[<http://topincomes.g-mond.parisschoolofeconomics.eu>].

Por último, también es importante otro hallazgo general en la trayectoria de la desigualdad de ingresos: si bien es cierto que, en todos los países estudiados, la concentración de ingreso en la parte superior de la distribución descendió mucho entre los primeros decenios y los de mitad del siglo, los países variaron grandemente en cuanto al grado en que la concentración aumentó al final del siglo. Estas tendencias son mucho más pronunciadas en Estados Unidos que en otros países y prácticamente no se dan en algunos otros.

¿Cómo explica Piketty estas amplias pautas? El meollo del análisis de Piketty se concentra en dos puntos principales. En primer lugar, el rápido incremento en la concentración del ingreso desde comienzos del decenio de los ochenta se debe, principalmente, a los aumentos de los supersalarios de los mayores ingresos del mercado de trabajo antes que a grandes incrementos en ingresos procedentes de la propiedad de capital. Esto refleja el hecho de que la alta concentración de ingresos a comienzos del siglo XX procedía de una base muy diferente de la de ahora. En el período anterior «este tipo de ingresos (esencialmente los dividendos y las plusvalías) constituían la fuente más importante de los recursos para el 1 por 100 de mayores ingresos [...]. En 2007 era necesario formar parte del 0,1 por 100 de las percepciones más elevadas para que así fuera» (p. 329). En segundo lugar, el descenso universal en la desigualdad de ingresos a mediados del siglo XX y las variaciones que muestran los países en cuanto a su incremento a final del siglo proceden, en gran medida, del ejercicio de poder de diversas formas y no de los movimientos «naturales» del mercado. El poder ejercido por el Estado es especialmente importante para contrarrestar las fuerzas desigualitarias del mercado mediante la fiscalidad, las transferencias de ingresos y una serie de regulaciones. Pero también es importante el poder de los que Piketty llama «superejecutivos»: «Estos directivos tienen la capacidad de fijar su propia remuneración, a veces sin ninguna moderación y sin una relación clara con su productividad individual» (p. 40). El ejercicio de este poder está limitado por las normas sociales que varían según los países y, a lo sumo, sólo está débilmente limitado por los procesos ordinarios del mercado.

La trayectoria de la desigualdad de riqueza

Piketty emplea indistintamente los términos «riqueza» y «capital». Define el capital en su conjunto «como el conjunto de los activos no humanos que pueden ser poseídos e intercambiados en un mercado. El capital incluye sobre todo el conjunto del capital inmobiliario (inmuebles, casas) utilizado como vivienda, y el capital financiero y profesional (edificios, equipos, máquinas, patentes, etc.) utilizado por las empresas y las agencias gubernamentales» (p. 60). La propiedad de estos activos es importante para la gente por una serie de razones, pero especialmente porque generan corrientes de ingresos a las que Piketty se refiere como el rendimiento del capital. Por tanto, un

rasgo fundamental de cualquier economía de mercado es la división del ingreso nacional entre la parte que corresponde a los propietarios del capital y la que va al trabajo.

La historia que cuenta Piketty acerca de la desigualdad de riqueza gira en torno a dos observaciones básicas: en primer lugar, los niveles de concentración de la riqueza siempre son mayores que las concentraciones de ingresos y, en segundo lugar, la clave para la comprensión de la trayectoria a largo plazo de la concentración de la riqueza es lo que Piketty llama la relación capital/ingreso. La primera de estas observaciones es familiar: en Estados Unidos en 2010 el decil superior de poseedores de riqueza poseía el 70 por 100 de toda la riqueza, mientras que la mitad inferior de los poseedores de riqueza no poseían prácticamente nada. Como sucedió con la distribución del ingreso, en el período de mediados del siglo XX, esta concentración en la parte superior disminuyó desde los niveles considerablemente elevados a comienzos del siglo —el decil superior de poseedores de riqueza en Estados Unidos tenía el 80 por 100 de toda la riqueza en 1910—, pero el aumento en la concentración de riqueza en los últimos decenios ha sido menos pronunciada que el aumento en la concentración del ingreso. En todo caso, el aspecto principal es que la concentración de riqueza siempre es muy elevada.

El segundo elemento del análisis de la riqueza de Piketty, la relación capital/ingreso, es menos conocido. La relación capital/ingreso es una forma de medir el valor del capital en relación con el total del ingreso generado por una economía. En las economías capitalistas desarrolladas, esta relación para el capital de propiedad privada es entre 4:1 y 7:1, lo que significa que el valor del capital es habitualmente de cuatro a siete veces mayor que el ingreso anual total de la economía. El argumento fundamental de Piketty es que esta relación es la base estructural para la distribución del ingreso entre los propietarios del capital y el trabajo: a igualdad del resto de los factores, cuanto más elevada sea esta relación para un rendimiento dado del capital, mayor será la proporción del ingreso nacional que vaya a los poseedores de riqueza.

Una parte importante del libro de Piketty está dedicado a explorar la trayectoria de la relación capital/ingreso y sus ramificaciones. Sin duda se trata de los análisis más difíciles del libro. Contienen consideraciones sobre las interconexiones entre las tasas de crecimiento económico, el crecimiento demográfico, la productividad, las tasas de ahorro, la presión fiscal y otros factores. Sin necesidad de detenernos en los detalles del análisis, algunas conclusiones de Piketty son dignas de señalarse:

- A medida que desciende el crecimiento económico de los países ricos, la relación capital/ingreso casi seguramente aumentará a menos que se adopten medidas políticas para impedirlo.
- Con el paso del tiempo, el aumento de la relación capital/ingreso incrementará el peso de la riqueza entre los propietarios de esta, de forma que las concentraciones de riqueza que sólo han aumentado modestamente desde el decenio de los setenta, deberían aumentar a lo largo del siglo XXI, quizá llegando a alcanzar los niveles de comienzos del siglo XX.
- Dada la presencia de concentraciones muy elevadas sin precedentes de ganancia de personas que también obtienen un ingreso considerable producto de la propiedad de capital, es posible que la concentración del ingreso en los próximos decenios sea superior a la del siglo XIX.

La consecuencia de estos argumentos es sombría: «El mundo que viene puede combinar lo peor de dos mundos pasados, por un lado una enorme desigualdad del capital heredado y, por el otro, discordancias salariales exacerbadas y justificadas mediante consideraciones de mérito y productividad (cuyo fundamento factual, como vimos, es claramente muy endeble). El extremismo meritocrático puede, pues, llevar a una carrera-persecución entre los superejecutivos y los rentistas, en perjuicio de todos aquellos que no son ni lo uno ni lo otro» (p. 459). El único remedio, sostiene Piketty, es la intervención política para contrarrestar estos procesos económicos dado «que no existe ningún proceso natural y espontáneo que permita evitar que las tendencias desestabilizadoras y no igualitarias prevalezcan permanentemente» (p. 36). Su solución política preferida es la aplicación de una tasa mundial sobre el capital, pero, aunque uno sea escéptico acerca de esta propuesta concreta, el mensaje fundamental sigue siendo convincente: mientras la dinámica del mercado funcione sin restricciones, lo más probable es que la concentración extrema del ingreso y la riqueza se intensifique más en el futuro.

Análisis de clases ambiguos

A primera vista, *El capital en el siglo XXI* trata, fundamentalmente, de las clases. Después de todo, el título invoca deliberadamente *El Capital* de Marx y, en gran parte del libro, se habla sobre «capital» y «trabajo», que son expre-

siones estrechamente vinculadas a las relaciones de clase que conectan a los capitalistas y los trabajadores. Es más, en el gambito de apertura de la primera página del capítulo 1, Piketty cuenta la historia de la sangrienta lucha de clases entre mineros y propietarios en el yacimiento de platino de Marikana en agosto de 2012, en la que 34 mineros murieron a manos de la Policía. Se vale de este conflicto para plantear una cuestión de gran alcance:

Este episodio reciente nos recuerda, si ello fuera necesario, que la distribución de la producción entre los salarios y los beneficios, entre los ingresos por trabajo y los del capital, siempre ha constituido la primera dimensión del conflicto distributivo.

Y, más adelante, concluye la consideración de estos acontecimientos escribiendo:

Para quienes no poseen más que su trabajo, y que a menudo viven en condiciones modestas (o incluso muy modestas, tanto en el caso de los campesinos del siglo XVIII como en el de los mineros de Marikana), es difícil aceptar que los poseedores del capital —quienes lo son a veces por herencia, por lo menos en parte— puedan apropiarse, sin trabajar, de una parte significativa de las riquezas producidas (pp. 55-56).

Esto es sano análisis de clases: el ingreso generado en la producción se divide entre clases antagónicas, el capital y el trabajo, y la parte que va al capital constituye la apropiación de la riqueza producida por el trabajo. Las clases se entienden como relaciones que implican dominación y explotación conectadas sistemáticamente con la producción.

Esta comprensión de la clase como relación desaparece, en gran medida, tras el comienzo del primer capítulo⁶. Cuando el término «clase» llega a em-

⁶ Ocasionalmente surge en el libro una sombra de análisis relacional de clases. En un pasaje, por ejemplo, Piketty invoca la idea de una *transferencia* de ingreso cuando escribe: «Para apoyar esta tesis, es importante insistir en la considerable amplitud de la transferencia de ingreso nacional estadounidense —del orden de 15 puntos del ingreso nacional— que se dio entre el 90% de los más pobres y el 10% de los más ricos desde los años setenta [...]. Esta transferencia interna entre grupos sociales [...] es casi cuatro veces más importante que el imponente déficit comercial estadounidense durante los años de 2000» (Th. Piketty, *El capital en el siglo XXI*, ed. cit., p. 325). Pero aquí «transferencia» se refiere a cambios en la distribu-

plearse, se le trata simplemente como una forma conveniente de hablar acerca de parcelas de la distribución del ingreso o la riqueza –la superior, la alta, la media y la baja–. Los poseedores del capital reciben un «rendimiento del capital» y no se los describe como explotadores del producto de los trabajadores. La distribución del ingreso refleja un reparto del pastel del ingreso nacional en «participaciones» y no es una transferencia real de una clase a otra.

Hay mucho de valioso en la investigación empírica de Piketty y en sus argumentos teóricos acerca de la trayectoria a largo plazo del ingreso y la desigualdad de la riqueza que no depende del análisis relacional de clases. Pero la falta de un análisis consecuente de clases de los procesos sociales por los que se genera y apropia el ingreso oscurece algunos de los mecanismos sociales críticos que funcionan aquí.

Permítaseme argumentar este asunto con dos ejemplos, uno del análisis de la desigualdad de ingreso y el otro del análisis del rendimiento del capital.

Desigualdad de ingreso

Uno de los argumentos más importantes de Piketty es que el extraordinario aumento de la desigualdad en Estados Unidos desde comienzos del decenio de los ochenta «se explica en gran medida por la subida sin precedentes de la desigualdad en los salarios y, en particular, por la emergencia de remuneraciones sumamente elevadas en la cima de la jerarquía de los salarios, sobre todo entre los altos ejecutivos de las grandes empresas» (p. 326). Esta conclusión depende en parte, precisamente, de lo que se considere «salario» y lo que se considere «ingreso del capital». Piketty adopta la clasificación convencional que emplean los economistas y trata todas las ganancias de los altos ejecutivos como «ingresos del trabajo», con independencia de la forma que tengan –de si es salario ordinario, primas u opciones de acciones– o los mecanismos específicos mediante los cuales se determina el nivel de los ingresos. Evidentemente, es la forma correcta de clasificar estos elementos de las ganancias a los efectos de la legislación fiscal y las teorías de la economía

ción del ingreso desde la masa del pueblo a los de arriba, no entre categorías sociales que mantienen relaciones. «Transferencia» quiere decir, simplemente, un reparto del pastel más favorable a los de arriba, no la apropiación real del ingreso producido por el trabajo de una clase a otra.

convencional, según las cuales el más alto ejecutivo es un empleado bien pagado. Pero esta forma de considerar las ganancias de los ejecutivos jefes resulta menos obvia cuando pensamos en la posición de estos (y otros gestores de elevada posición) en términos de relaciones de clase.

Como ya se ha observado, Piketty sostiene que los altos ejecutivos tienen el poder irrestricto de determinar su propia remuneración en algunos casos sin límites y, en muchos otros, sin una relación clara con su productividad individual. Esto es especialmente cierto al tratar de la remuneración de este personal:

Suelen ser fijada por los superiores jerárquicos, siendo asignadas las remuneraciones superiores por los propios superiores, o bien por comités de remuneraciones formados por diversas personas que por lo general tienen ellas mismas salarios comparables [...]. Sin llegar a hablar de la «mano que se sirve de la caja», debemos admitir que esta imagen es, sin duda alguna, más apropiada que la de la «mano invisible», metáfora del mercado según Adam Smith (p. 365).

¿Qué significa exactamente este diagnóstico de los salarios de los ejecutivos jefes y otros altos ejecutivos respecto a una comprensión relacional de las clases? Las relaciones de clases son, fundamentalmente, relaciones de poder. Decir que, en las relaciones de clase del capitalismo, los capitalistas «poseen» los medios de producción y los trabajadores «venden» su fuerza de trabajo por un salario equivale a describir un conjunto de relaciones de poder que vinculan las actividades de los capitalistas y de los trabajadores. Entre las facultades de los capitalistas en esas relaciones se cuenta el poder de ofrecer empleo a cambio de un salario fijado, de impartir órdenes a los empleados acerca del trabajo que deben hacer y disponer de los beneficios, esto es, la plusvalía generada por la empresa para otras finalidades. Cabe añadir otros poderes a esta lista, pero ya deberá estar claro que lo que llamamos la relación de capital/trabajo, en realidad, es un conjunto multidimensional muy complejo de relaciones de poder.

En la empresa moderna, los altos ejecutivos disponen de muchos de los poderes del capital. Esto supone que no cabe describirlos simplemente como «trabajo» dentro de la empresa pero que está mucho mejor pagado. Ocupa lo que llamo posiciones contradictorias dentro de las relaciones de clases, lo que significa que, desde el punto de vista de las relaciones, tienen algunos de

los poderes de los capitalistas, pero no todos⁷. Esto tiene implicaciones directas en cuanto al modo en que debemos pensar sobre los salarios de los ejecutivos jefes: parte importante de las ganancias de los altos gestores y ejecutivos debe entenderse como una adjudicación que hacen los propios ejecutivos de los beneficios de la empresa a sus cuentas personales antes que a un salario en el sentido ordinario. Ejercitan el poder derivado de los capitalistas dentro de las relaciones de clase de la empresa para apropiarse de parte de los beneficios para sus cuentas personales. Si esto es correcto, parte sustancial de sus ganancias debe entenderse como rendimientos del capital, aunque de una forma distinta de los dividendos que se derivan de la propiedad de los activos.

Desde luego, sería extraordinariamente difícil encontrar un modo de dividir las ganancias de los altos ejecutivos en un elemento componente que sea funcionalmente un rendimiento del capital y otro que sea funcionalmente un salario. Como reconoce Piketty, es algo muy similar al problema de dividir el ingreso del autónomo ordinario en un elemento salarial y otro de capital, puesto que el ingreso generado por este tipo de actividad mezcla inherentemente el capital y el trabajo. En un análisis relacional de clases de la empresa capitalista, se muestra que se trata del mismo problema que el de los ingresos de los ejecutivos que tienen los poderes descritos por Piketty. La implicación en cuanto al análisis general que hace Piketty sobre la trayectoria de la desigualdad de ingresos en los últimos decenios es que hay que atribuir más parte de este incremento a la parte del capital en el conjunto del ingreso total de lo que se calcula convencionalmente por medio de la contabilidad del ingreso nacional. Si se acepta esta posición, se verá que cuestiona una de las conclusiones fundamentales de Piketty: «Esta evolución espectacular corresponde en gran medida a la explosión sin precedentes de los muy elevados ingresos por trabajo, y que refleja ante todo un fenómeno de separación de los directivos de las grandes empresas» (p. 40). Ciertamente, el aumento de la desigualdad es resultado de la explosión de los muy elevados ingresos de los altos ejecutivos y esto crea, desde luego, «un fenómeno de separación de los directivos de las grandes empresas», pero ello no puede entenderse por entero como un aumento de la desigualdad en los ingresos *del trabajo*. Parte importante está constituida por una forma de ingreso del capital.

⁷ Para mi enfoque sobre estos asuntos *vid. Classes* (Londres, Verso, 1985) y *Class Counts* (Cambridge, Cambridge University Press, 1997).

Rendimientos del capital

La falta de un análisis relacional de clases también se refleja en la forma en que Piketty mezcla diferentes tipos de activos en la categoría «capital» y luego habla de «rendimientos» de este agregado heterogéneo. En particular, mezcla la propiedad inmueble en la que habita el capitalista con la propiedad capitalista en la categoría agregada de «capital». Se trata de un asunto importante porque la propiedad inmueble residencial comprende entre un 40 y un 60 por 100 del valor de todo el capital en los países que analiza Piketty. La combinación de todos los activos que generan ingresos en una sola categoría es algo perfectamente razonable desde el punto de vista de la teoría económica ordinaria, en la que estos ingresos son simplemente inversiones alternativas por las que el inversor recibe un rendimiento. Pero la combinación de estos dos tipos de procesos en una única categoría resulta mucho menos acertada si queremos identificar los mecanismos sociales por medio de los cuales se genera este rendimiento.

La vivienda ocupada por el propietario genera un doble rendimiento para este: como «utilidad de vivienda», que se valora como una forma de renta imputada, y como ganancia del capital, si el valor de la propiedad inmobiliaria aumenta con el tiempo. En Estados Unidos cerca de dos tercios de la población eran propietarios de sus viviendas y en torno al 30 por 100 de estos eran propietarios completos de sus casas, mientras que otro 51 por 100 tenían los activos positivos, pero estaban pagando las hipotecas⁸. Las relaciones sociales en que los rendimientos económicos están vinculados a estas pautas de propiedad de las casas son completamente diferentes de aquellas otras de las relaciones capitalistas de producción. Por supuesto, la propiedad de las casas y el acceso a la vivienda plantean importantes cuestiones sociales y morales por lo que las desigualdades en estas formas de «capital» importan. Pero no importan por las mismas razones por las que importan las desigualdades en la propiedad capitalista y no actúan mediante el mismo proceso causal. De ello resulta que las luchas sociales provocadas por la desigualdad en la propiedad de los inmuebles, por un lado, y por la desigualdad en la propiedad del capital, por el otro, sean radicalmente diferentes. En consecuencia, las políticas públicas que ayudarían a remediar los perjuicios ocasionados por

⁸ *Vid.* <http://www.zillow.com/blog/more-homeowners-are-mortgage-free-than-underwater-108367/>.

esas clases diferentes de «rendimientos del capital» también serán diferentes. La propuesta de Piketty de una tasa global sobre el capital es un elemento plausible en la política pensada para responder a las desigualdades producidas por la movilidad global del capital, pero esto parece ser escasamente relevante en relación con los daños generados por la desigualdad en los rendimientos de la propiedad inmobiliaria residencial.

Thomas Piketty y sus colegas han producido un extraordinario banco de datos sobre desigualdad de ingreso y riqueza que incluye datos sobre los más ricos de los ricos. Y, al poner a disposición pública estos datos de forma tan accesible y sencilla, han hecho un servicio maravilloso a la comunidad académica. Pero el análisis de Piketty oscurece procesos cruciales al tratar el capital y el trabajo exclusivamente como factores de producción que ganan un rendimiento. Si queremos comprender verdaderamente las intranquilizadoras tendencias en la desigualdad de ingreso y riqueza y, especialmente, si queremos transformar las relaciones de poder que generan esas tendencias, debemos trascender las categorías convencionales de la economía para identificar las relaciones de clases que generan la creciente desigualdad económica.

VIII

La muerte del debate sobre las clases

Entre mediados del decenio de los noventa y comienzos del 2000 se dio un breve pero intenso debate conocido como «el debate sobre la muerte de las clases»¹. No era la primera vez que se anunciaba la muerte de las clases o, cuando menos, la relevancia decreciente del concepto para la teoría y la investigación sociales contemporáneas, pero, en el contexto del fin de la Guerra Fría y la marginación del marxismo como marco explícito para la crítica social, el argumento de que el concepto de clase carece de fuerza explicativa adquiere un relieve especial. Este ataque era especialmente llamativo para aquellos estudiosos que, como yo mismo, continuamos elaborando nuestra obra en la tradición marxista y sostenemos que el análisis de clases sigue siendo el meollo de la teoría marxista. Si las clases fueran irrelevantes, ¿qué quedaría del marxismo en cuanto crítica científico-social del capitalismo?

¹ Las aportaciones al debate incluyeron a Jan Pakulski y Malcolm Waters, *The Death of Class*, Londres, Sage, 1996, y un simposio sobre el libro en la revista *Theory and Society* 25, 5 (octubre de 1996), pp. 717-724 (con aportaciones de Jan Pakulski y Malcolm Waters, Erik Olin Wright, Jeff Manza y Clem Brooks, y Szonja Széleny y Jaqueline Olvera); Paul Kingston, *The Classless Society*, Stanford (Cal.), Stanford University Press, 2000; Takis Fotopoulos, «Class Divisions Today: The Inclusive Democracy Approach», *Democracy & Nature* 6, 2 (julio de 2000), pp. 211-252; Ulrich Beck, «Beyond Class and Nation: Reframing Social Inequalities in a Globalizing World», *British Journal of Sociology* 58, 4 (2007), pp. 679-705; Will Atkinson, «Beck, Individualization and the Death of Class: A Critique», *British Journal of Sociology* 58, 3 (septiembre 2007), pp. 349-366.

En este capítulo paso revista a los argumentos centrales de dos de los más destacados exponentes de la tesis de la muerte de las clases, Jan Pakulski y Malcolm Waters, que presentan sus ideas de forma resumida en su ensayo «The Reshaping and Dissolution of Social Class in Advanced Society» («La reformulación y disolución de la clase social en la sociedad avanzada»)². Si bien los principales argumentos que presentan no son nuevos, como ellos mismos subrayan, los elaboran de un modo más sistemático que en la mayoría de las críticas a los análisis de clases y defienden una conclusión especialmente contundente: que los analistas contemporáneos de clases «crean las clases allí en donde ya no existen como un ente social de significado»³. Los defensores del análisis de clases deben afrontar estos argumentos con el espíritu de un sano y riguroso cuestionamiento de los conceptos fundacionales y de su relevancia empírica. Así como las feministas deben tomarse en serio las pretensiones de que la opresión de género está desapareciendo, sin rechazarla sin más por absurda, los analistas de clases de la tradición marxista y la weberiana deben tomar en serio los argumentos de que estamos acercándonos rápidamente a una sociedad sin clases o, cuando menos, a una sociedad en la que la clase ha «desaparecido» como categoría explicativa satisfactoria. Espero mostrar que las pruebas y los argumentos de Pakulski y Waters no son convincentes, pero creo que el diálogo con ellos puede ser productivo para clarificar la naturaleza del análisis de clases, el carácter de sus explicaciones y las tareas que le esperan.

Como suele suceder en los debates sobre ideas teóricas conectadas con pronunciamientos ideológicos, hay una tendencia a extremar y polarizar la retórica más allá de lo que los mismos intervinientes creen. Afirmaciones como «las clases sociales están desapareciendo» tienden a convertirse en otras del tipo de «las clases sociales han desaparecido». Este tipo de deslizamiento se da con frecuencia en el trabajo de Pakulski y Waters. Por ejemplo, sostienen que el descenso en la distribución de la propiedad «difumina las divisiones tradicionales de clases», lo cual implica que la división sigue presente, pero de modo menos agudo, al tiempo que, inmediatamente después, afirman que el «descenso en la distribución de la propiedad [...] hace imposible el establecimiento de límite alguno entre las clases a causa de la propie-

² Este artículo apareció como ensayo introductorio al simposio sobre clases en la revista *Theory and Society* 25, 5 (1996), pp. 667-736.

³ J. Pakulski y M. Waters, *The Death of Class*, cit., p. 667.

dad», lo cual implica no simplemente que se haya difuminado la diferencia de clase, sino que ha desaparecido por entero⁴. Es tentador defender el análisis de clases contra estos argumentos concentrándose en estas afirmaciones extremas. Después de todo, es mucho más fácil encontrar pruebas que demuestran fácilmente que las divisiones de clase existen y tienen consecuencias que mostrar que dichas divisiones siguen siendo causalmente poderosas. A mi juicio, el núcleo de su argumentación no reside en estas formulaciones sumamente extremas, sino en su pretensión más moderada de que la clase ya no es una categoría explicativa relevante o pertinente. En este debate me concentraré en la pretensión más moderada.

En la sección siguiente examino brevemente cuatro proposiciones generales de Pakulski y Waters que, según ellos, definen los fundamentos del análisis de clases. Como trato de probar, su caracterización de la mayoría de esos fundamentos reside en insistir en que el análisis de clases requiere una creencia general en la primacía de la clase en tanto que, a mi juicio, la primacía de la clase no es un elemento componente esencial del análisis de clases. En la última sección considero una serie de pruebas empíricas que muestran la permanente importancia de las relaciones de clase para la comprensión de las sociedades capitalistas contemporáneas.

Cuatro proposiciones

El objetivo central de la crítica de Pakulski y Waters es el análisis de clases enraizado en la tradición marxista, pero muchos de sus razonamientos también son aplicables a cualquier forma de análisis de clases que defina la clase en términos de propiedad y disposición de activos económicos. Basan su argumentación en torno a cuatro proposiciones generales que, según sus palabras, «cabe inferir de la bibliografía sobre las clases»⁵. Se refieren a ellas como la proposición sobre el economicismo, la proposición sobre la formación del grupo, la proposición del vínculo causal y la proposición de la capacidad transformadora. A efectos de facilitar el debate, enumero los enunciados en la exposición de sus proposiciones⁶.

⁴ *Ibid.*, p. 662.

⁵ *Ibid.*

⁶ Los enunciados sinópticos de estas proposiciones se encuentran todos en *ibid.*, p. 670.

La proposición del economicismo

1. La clase es, fundamentalmente, un fenómeno económico.
2. Se refiere principalmente a las diferencias en la disposición de propiedad, especialmente propiedad productiva con un potencial acumulativo, y a la diferente capacidad mercantil, especialmente capacidad mercantil laboral.
3. Además, los fenómenos económicos, como la propiedad o los mercados, se consideran los principios fundamentales de estructuración y organización de la sociedad.

Los enunciados 1 y 2 de esta proposición dan en el blanco. Aunque algunos análisis de clases sostengan que la clase es un fenómeno cultural y político en igual medida que es un concepto económico, el meollo de las tradiciones marxista y weberiana del análisis de clases gira en torno a las dimensiones económicas del concepto. El problema en esta proposición aparece con el tercer enunciado, especialmente con el artículo determinado «los» antes de «principios fundamentales». Si bien los analistas de clases pueden aceptar, en general, el punto de vista de que la clase es *un* principio estructural fundamental, ningún weberiano considerará que la clase sea *el* principio fundamental y muchos marxistas contemporáneos rehuirán dar su apoyo a un enunciado tan categórico, en especial cuando se predica acerca de un fenómeno tan difuso y omnicompreensivo como la «sociedad». Por supuesto hay una corriente del marxismo clásico que gira en torno a la metáfora «base/superestructura» en la que la «base» se identifica con la estructura social, la «superestructura» es todo lo demás en la sociedad y la base explica la superestructura. Muchos marxistas contemporáneos, quizá la mayoría, dedicados al análisis de clases rechazan estas pretensiones explicativas⁷. En todo caso, para que el

⁷ Como ha expuesto convincentemente A. G. Cohen, ni en el marxismo clásico se consideraba la «superestructura» como algo de tal envergadura que incluyera todo excepto la base. En lugar de ello, el materialismo histórico toma generalmente la forma de lo que Cohen llama «materialismo histórico restringido» (opuesto al «materialismo histórico inclusivo») en el que la superestructura consiste tan sólo en aquellos fenómenos sociales no económicos que tienen efectos reproductivos en la base (por ejemplo, efectos que tienden a estabilizar y preservar la estructura económica de la sociedad). Según Cohen, la tesis del materialismo histórico restringido es que los fenómenos superestructurales definidos de este modo se explican *funcionalmente* por la base. Vid. G. A. Cohen, «Restricted and Inclu-

análisis de clases sea un programa de investigación digno de emprenderse, lo importante es que identifique los mecanismos causales más importantes, no que se tome la clase como el elemento determinante más importante o fundamental de los fenómenos sociales⁸.

La proposición de la formación del grupo

1. Las clases son algo más que agregados estadísticos o categorías taxonómicas.
2. Son rasgos reales de la estructura social, reflejados en pautas observables de desigualdad, asociación y distancia.
3. Estas diferencias son tan profundas y fundamentales que constituyen el principio y la base permanente del conflicto y la protesta.

Una vez más, las dos primeras afirmaciones reflejan convicciones de la mayoría de los analistas de clases, al menos quienes no tienen una inclinación posmoderna. En general, la mayoría de los marxistas y los weberianos son «realistas científicos» que consideran sus conceptos como intentos de comprender los mecanismos causales que existen en el mundo y ambos grupos piensan que, si las relaciones de clase son algo que importa, debe generar efectos observables. La tercera afirmación, sin embargo, será rechazada por todos los analistas weberianos, desde el mismo Weber hasta hoy día. Muchos analistas marxistas de clases tampoco verían con buenos ojos dicha afirmación así formulada, sin matices. Si bien los marxistas, por lo general, creen que las relaciones de clase constituyen *una* base duradera para el conflicto, el marxismo contemporáneo se ha concentrado, fundamentalmente, en la comprensión de las condiciones en que se forman las alianzas de clases y el conflicto de clases ha perdido centralidad. Aunque la mayoría de los marxistas sostiene que, incluso allí en donde se han frenado la formación y la lucha de

sive Historical Materialism», capítulo 9 en *History, Labour and Freedom*, Oxford, Clarendon Press, 1988.

⁸ Como he señalado en otros lugares, es extraordinariamente difícil demostrar los enunciados de que algún tipo de causa sea la más importante o fundamental, a menos que se especifique claramente qué hay que explicar, así como la variedad de casos a los que se aplica la pretensión. Vid. Erik Olin Wright, Andrew Levine y Elliot Sober, «Causal Asymmetries», capítulo 7 de *Reconstructing Marxism*, Londres, Verso, 1992.

clases, seguirán dándose efectos de las relaciones de clase en otros tipos de conflictos, ello no supone que se defienda la pretensión de que las divisiones de clase sean *la base* principal de *todo* conflicto. Sostener que hay efectos duraderos y definitorios no es predicar la primacía de la clase.

La proposición del vínculo causal

1. La pertenencia a una clase está también causalmente conectada con la conciencia, la identidad y la acción fuera del terreno de la producción económica.
2. Afecta a las preferencias políticas, las elecciones de formas de vida, las prácticas en la crianza de los hijos, las oportunidades de la salud física y mental, el acceso a las oportunidades educativas, los usos matrimoniales, la herencia ocupacional, el ingreso, etc.

La proposición es correcta desde el momento en que Pakulski y Waters no afirman que la clase deba ser el primer determinante causal de cada una de las cuestiones pendientes de explicación relacionadas en el punto 2. En la proposición ni siquiera se insiste en que la clase sea la causa *directa* de estas cuestiones puesto que la expresión «causalmente conectada con» incluye efectos indirectos y mediatos de las clases sobre fenómenos ajenos a la producción económica. Todo lo que afirma la proposición, por lo tanto, es que el acceso a activos económicos importantes tiene un efecto sistemático (directo o indirecto) en ese tipo de fenómenos. Me limitaré a hacer una advertencia. Como se especifica en esta proposición, la lista de fenómenos en los que se dice que la clase ejerce algún efecto es casi infinita. La mayoría de los analistas de clases matizarían la «proposición del vínculo causal» afirmando que la clase es más importante para unos fenómenos que para otros y que, para ciertas cuestiones pendientes de explicación, la clase puede ser irrelevante. Además, la medida en que la clase importa para varias cuestiones pendientes de explicación puede depender de otras variables, por ejemplo, pueden darse fuertes impactos interactivos entre los efectos a micronivel de la localización de clase y varios procesos de macronivel. El análisis de clases no desaparecería como programa legítimo de investigación si resultara que los elementos determinantes de la clase respecto a estas cuestiones fueran débiles.

La proposición de la capacidad transformadora

1. Las clases son actores colectivos potenciales en los terrenos económico y político.
2. En la medida en que luchan conscientemente contra otras, las clases pueden transformar el conjunto general de carácter social del que son una parte.
3. En consecuencia, las clases proporcionan el empuje dinámico que impulsa a la sociedad.
4. Las clases son los actores colectivos principales que pueden hacer historia.

La afirmación 1 caracteriza ajustadamente a la mayoría de los análisis de clases. Pocos analistas de clases niegan que la clase es la base de la acción colectiva *potencial*. Sólo modificaré esta afirmación en un aspecto: excepto en un sentido metafórico, las «clases» como tales no son *nunca* verdaderamente «actores colectivos». La idea de un actor colectivo tiene sentido cuando se refiere a organizaciones como los sindicatos y los partidos políticos. Estas organizaciones pueden estar sólidamente relacionadas con personas que se encuentren en una localización específica en la estructura de clase y pueden representar los intereses de clase de esas personas y, por tanto, puede ser aceptable describirlas como formaciones de clase. Con todo, se trata de organizaciones que actúan estratégicamente en el terreno político y económico, no de clases en sí mismas.

La segunda afirmación sería aceptable para la mayoría de los análisis de clases a causa de la expresión condicional «en la medida en que» y en tanto que el verbo «transformar» se supone que incluye algo así como «modificaciones de las reglas del juego» y no solamente «rupturas revolucionarias del propio juego».

Las afirmaciones tercera y cuarta son mucho más objetables a causa del enunciado de la primacía de la clase. Si bien es cierto que, en el marxismo clásico, se sostuvo la tesis de que «la lucha de clases es el motor de la historia», la mayoría de los marxistas contemporáneos matizarían esta pretensión señalando la importancia de una serie de requisitos para que las fuerzas de clase colectivamente organizadas tengan tales efectos sobre los sistemas. Pocos marxistas creen que la capacidad colectiva para las transformaciones radicales se genere en las «contradicciones del capitalismo»⁹.

⁹ Para un estudio más amplio sobre la condicionalidad y contingencia del desarrollo de la capacidad de transformación de las luchas de clases, *vid.* E. O. Wright, A. Levine y E. Sober, *Reconstructing Marxism*, cit., parte 1.

En conjunto, por tanto, Pakulski y Waters identifican correctamente algunos aspectos del análisis de clases en esas proposiciones, pero pasan continuamente de describir correctamente la proposición que acepta la relevancia de las clases a formular otra más fuerte y cuestionable acerca de la primacía de las clases. Es más, parecen creer que, si no puede afirmarse la primacía de la clase, carecería de sentido el análisis de clases. Al comentar lo que describen como formas débiles del análisis de clases, afirman: «A fin de distinguirse del análisis sociológico en general, esta empresa tiene que privilegiar las clases definidas económicamente por encima de otras fuentes potenciales de desigualdad y división, así como aceptar el principio del vínculo causal. De otro modo, habría poca razón para describir esta actividad como análisis *de clases*, ya que un análisis de clases que no puede probar que las clases existan es un nombre erróneo»¹⁰. La última parte de esta aseveración es claramente correcta: si no se pudiera probar «que las clases existan», el análisis de clases carecería de sentido. Pero la primera parte no lo es: el análisis de clases no necesita privilegiar a las clases por encima de todas las otras divisiones sociales con el fin de justificar su programa de investigación¹¹. El análisis de clases se basa en la premisa de que las clases constituyen una estructura social importante con ramificaciones decisivas. Como demuestro en la sección siguiente, hay abundancia de pruebas empíricas para sostener esta creencia. También se sostiene el enunciado adicional, aunque mucho más contingente, de que los procesos de clase constituyen la causa más importante de los fenómenos sociales concretos, mientras que, en cambio, es mucho más cuestionable (e implausible) la idea de que constituyan la causa más importante de todo.

¹⁰ J. Pakulski y M. Waters, *The Death of Class*, cit. p. 671.

¹¹ En el contexto de los argumentos de nuestros autores, entiendo el término «privilegio» como «más importante causalmente». También hay un sentido más débil en el que el análisis de clases «privilegia» inherentemente a la clase en la medida en que *se centra* en la clase y sus consecuencias. En este sentido, un endocrinólogo «privilegia» las hormonas por encima de otros procesos causales, pero esto no puede querer decir que las hormonas sean universalmente más importantes que otros factores. Si Pakulski y Waters se limitaran a señalar que el análisis de clases se centra en la clase, no habría nada cuestionable en sus afirmaciones.

Comprobación

En su condición de concepto explicativo, la clase es relevante para los análisis de macronivel de los sistemas sociales y los de micronivel de las vidas de los individuos. En los dos contextos, en el análisis de clases se sostiene que la forma en que la gente está vinculada a los activos económicamente relevantes tiene consecuencias de diverso tipo. En lo que sigue, considero una serie de pruebas respecto a que estas consecuencias sean un rasgo duradero de la sociedad contemporánea.

1. ¿Han desaparecido las diferencias de clase?

Una forma de afrontar esta cuestión consiste en indagar lo que, en otra parte, he llamado la «permeabilidad» de las divisiones de clase¹². La permeabilidad se refiere a la medida en la que las vidas de las personas atraviesan diferentes tipos de fronteras. Cabe estudiar la permeabilidad de cualquier tipo de frontera social —raza, género, clase, ocupación, nacionalidad— y cabe también estudiar esa permeabilidad con respecto a una amplia serie de acontecimientos vitales, como la movilidad, la formación de amistades, los matrimonios, la pertenencia a asociaciones voluntarias, etc. En mi propio trabajo de investigación me he centrado en tres tipos de situaciones: movilidad de clase intergeneracional, formación de amistades por encima de las clases y composición de matrimonios mixtos en cuanto a la clase y he estudiado en qué medida estas situaciones se dan a través de diferentes tipos de divisiones dentro de una estructura de clase.

En el concepto de estructura de clase que he empleado en mi investigación, se considera que las relaciones de clases en las sociedades capitalistas se organizan según tres dimensiones básicas; propiedad, autoridad y pericia (o

¹² La investigación de que aquí se trata se encuentra en extenso en Erik Olin Wright, *Class Counts: Comparative Studies in Class Analysis*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, 2000. Vid. también Erik Olin Wright, «The Permeability of Class Boundaries to Friendships: A Comparative Analysis of the United States, Canada, Sweden and Norway», *American Sociological Review* (febrero de 1992), y Erik Olin Wright y Mark Western, «The Permeability of Class Boundaries to intergenerational Mobility: A Comparative Study of the United States, Canada, Norway and Sweden», *American Sociological Review* 59, 4 (junio de 1994), pp. 606-629.

capacidades). A fin de estudiar empíricamente la permeabilidad de las divisiones de clase, divido en tres cada una de estas dimensiones: la dimensión de la propiedad se divide en empresarios, pequeña burguesía (autónomos sin empleados) y empleados; la dimensión de la autoridad se divide en gerentes, supervisores y empleados que no son gerentes, y la dimensión de capacidades/pericia se divide en profesionales, trabajadores cualificados y trabajadores no cualificados¹³. Así, defino la permeabilidad como una circunstancia que atraviesa divisiones y que relaciona los polos de estas tres dicotomías. La amistad entre los empleadores y los empleados, por ejemplo, se cuenta como un caso de permeabilidad a través de la división de la propiedad, pero una amistad entre un trabajador y un pequeñoburgués o entre un pequeñoburgués y un empresario no lo es. El problema empírico, por tanto, es investigar las posibilidades relativas de permeabilidades a través de tres divisiones de clase, así como las de permeabilidades entre diferentes ubicaciones específicas dentro de la estructura de clase.

Sin entrar en pormenores, algunos de los hallazgos fundamentales de esta investigación son los siguientes en términos generales:

1. La división por propiedad es, por lo general, la menos permeable de las tres divisiones para los tres tipos de situaciones (movilidad, amistad y composición del hogar), seguida de la división cualificación/pericia y, después, del límite de la autoridad. Con algunas excepciones menores, esta jerarquización de la permeabilidad relativa es válida para los cuatro países que he estudiado: Estados Unidos, Canadá, Suecia y Noruega.
2. La probabilidad de que haya movilidad entre una localización de clase trabajadora (por ejemplo, no gerencial, no cualificada, empleado) y la de un empresario es cerca de un 25 por 100 de lo que sería si el vínculo entre ambas se determinara al azar; la probabilidad de que haya una estrecha relación de amistad entre estas dos situaciones es de un 20 por 100 de lo que serían al azar, y la probabilidad de que un hogar en el que entran dos ingresos haya un(a) empleador(a) casado(a) con un(a) trabajador(a) es de cerca del 10 por 100 de lo que sería al azar.

¹³ Los detalles sobre la estrategia del análisis y la forma de hacerlo operativo pueden encontrarse en Erik Olin Wright, *Classes*, Londres, Verso, 1985, capítulo 5 y apéndice 2 [ed. cast.: *Clases*, Madrid, Siglo XXI, 1994, reimp. 2015].

3. La probabilidad de vínculos entre los trabajadores y la pequeña burguesía, por otro lado, se diferencia escasamente de la que da el azar en los tres tipos de ocasiones. La división de clase entre los trabajadores y la pequeña burguesía es, por tanto, de tres a seis veces más permeable que la división entre trabajadores y empleadores.

Ninguno de estos resultados demuestra que las divisiones de clase sean las menos permeables de todas las divisiones sociales en las sociedades capitalistas. En Estados Unidos las divisiones raciales son, sin duda, menos permeables en las composiciones de los matrimonios que las divisiones de clase y, en algunos países, la confesión religiosa puede ser una división mucho menos permeable que la clase en ciertas ocasiones. Pero estos resultados indican inequívocamente que las divisiones de clase no han desaparecido: los coeficientes para las relaciones a través de las divisiones pericia/cualificación son significativamente negativas (a $p < 0,001$ nivel de significación estadística en todos los casos) en todos los países.

2. *¿Han descendido tanto en los últimos años las desigualdades en la distribución del capital que ya no tienen importancia para la vida de la gente?*

Pakulski y Waters están en lo cierto en que la distribución de la riqueza hoy en la mayor parte de los países capitalistas es más igualitaria que hace cien años. Sin embargo, esto no supone que la distribución se haya igualado al extremo de que se haya roto el nexo básico entre la clase y la posesión de activos de capital. En 1983 la mitad más rica del 1 por 100 de los hogares estadounidenses poseía el 46,5 por 100 de las acciones de las compañías, el 44 por 100 de los títulos y el 40 por 100 de los activos empresariales. El siguiente 0,5 por 100 más rico poseía el 13,5 por 100 de las acciones, el 7,5 por 100 de los títulos y el 11,5 por 100 de los activos de las empresas. En consecuencia, el 1 por 100 de los hogares más ricos de Estados Unidos poseía de 50 a 60 veces la parte que le correspondía por individuo de esos activos esenciales de capital¹⁴. Y esto se producía antes del gigantesco aumento de la concentra-

¹⁴ Los datos, de Lawrence Mishel y David Frankel, *The State of Working America*, Nueva York, M. E. Shape, 1991, p. 154.

ción de riqueza que se dio en los últimos decenios del siglo XX y que continuó en el XXI. En 2012, el 0,1 por 100 de los hogares más ricos de Estados Unidos tenía tanta riqueza como el 90 por 100 menos rico¹⁵.

Por supuesto, es posible que la desigualdad en la propiedad de estos activos no afecte mucho a la vida de la gente. La convicción del análisis de clases no es solamente que haya una distribución desigual de la propiedad y el control de los activos económicos, sino que esa desigualdad de los activos tiene consecuencias para las personas. En 1990 el ingreso medio familiar del 1 por 100 de los ingresos más altos en Estados Unidos estaba justo por debajo de 549.000 dólares. Una media de más de 278.000 dólares de esta cantidad –más del 50 por 100 del total– procedía directamente de activos de capital (sin incluir otros 61.000 dólares de ingresos de autoempleo). En comparación, el ingreso familiar medio del 90 por 100 inferior de la población en Estados Unidos era sólo de unos 29.000 dólares en 1990, de los que menos del 10 por 100 como media procedían de activos de capital (2.400 dólares)¹⁶. Estas desigualdades relacionadas con los ingresos generados por la propiedad del capital aumentaron considerablemente en los decenios siguientes. La distribución desigual de los activos de capital tiene evidentes consecuencias.

El impacto directo en el ingreso del hogar sólo es una de las más claras consecuencias de la distribución desigual de activos del capital. Es igualmente importante la forma en que la distribución de los derechos de propiedad en la producción capitalista afecta a la estabilidad y distribución de los puestos de trabajo. Resultará difícil para cualquiera convencer a un grupo de trabajadores a quienes se acaba de enviar al paro en una fábrica que ha cerrado porque el propietario se ha llevado la producción al extranjero de que su falta de propiedad de los activos del capital no tiene consecuencias significativas sobre su vida. Si la propiedad fuera de los trabajadores bajo la forma de una cooperativa o de la comunidad local, se adoptarían otras decisiones¹⁷.

¹⁵ Emmanuel Saez y Gabriel Zucman, «Wealth Inequality in the United States since 1913», NBER Working Paper 20625, octubre de 2014, cuadro 1.

¹⁶ L. Mishel y D. Frankel, *The State of Working America*, cit., p. 34.

¹⁷ En un modelo neoclásico de economía capitalista con información completa y mercados perfectos (incluidos mercados de futuros perfectos), los derechos de propiedad carecerían de importancia. Como expresó Paul Samuelson en sentencia célebre: tanto si los capitalistas contratan a trabajadores como si los trabajadores contratan capital, el comportamiento de la empresa será el mismo. En ese mundo, si llevarse la empresa al extranjero maximizara los beneficios del capitalista, también lo haría con los de los trabajadores si fueran propieta-

Las mismas presiones internacionales tendrían consecuencias distintas sobre las vidas de los trabajadores si la distribución de los activos de capital –esto es, las relaciones de clase en las que viven– fuera diferente.

Cabría formular la objeción de que he exagerado grandemente los niveles de desigualdad en la distribución de los activos desde el momento en que los fondos de pensiones de distinto tipo se encuentran entre los mayores poseedores de acciones y otros activos financieros. ¿No debiera considerarse como cuasi capitalistas a los trabajadores suscritos a los fondos de pensiones a causa de su conexión con estos activos? ¿Acaso esta situación no elimina la distinción entre los trabajadores y los empleadores?

La experiencia del conflicto en Suecia en torno a los «fondos de asalariados» a finales del decenio de los setenta ilustra acerca de la naturaleza de las relaciones de clase relacionadas con los fondos de pensiones. En Suecia, como en muchos otros países, hay importantes fondos de pensiones para los afiliados a los sindicatos. Estos fondos de pensiones como inversiones están sometidos a normas muy estrictas, con el evidente fin de evitar inversiones arriesgadas y asegurar una corriente ininterrumpida de ingresos para los pensionistas del futuro. En el decenio de los setenta se presentó una propuesta, conocida como el plan de Meidner, apoyada en un principio por la izquierda del movimiento obrero y el Partido Socialdemócrata, por la que se quería que los sindicatos emplearan los fondos de pensiones para conseguir gradualmente la propiedad y el control de las empresas suecas. Las empresas estarían obligadas, por ley, a transferir acciones a esos fondos como parte de las retribuciones de los trabajadores con lo que, con el tiempo, se hubiera producido un cambio en la propiedad real de la clase capitalista sueca a los sindicatos. Todo ello se haría a precios reales del mercado, con lo que no sería cuestión de confiscación alguna. Prácticamente toda la burguesía sueca se opuso decididamente a la propuesta. La versión original del plan de Meidner suponía un cambio fun-

rios de la empresa. Se limitarían a quedarse en el paro, se llevarían la empresa al extranjero y contratarían allí a los trabajadores. En este mundo, los trabajadores no tendrían dificultades en obtener préstamos para comprar las empresas en las que trabajan puesto que, con una información completa (incluyendo información completa sobre el comportamiento de los trabajadores), los bancos no dudarían en prestarles el dinero. Pero no vivimos en ese mundo y son, precisamente, las enormes asimetrías de información y la ausencia de mercados perfectos de futuros las que transforman las interacciones atomistas libres de dominación del mercado walrasiano en las relaciones de clases explotadoras y encuadradas en el poder de las sociedades capitalistas reales.

damental desde un sistema de fondos de pensiones como fuente de ahorro obligatorio disponible para las inversiones a otro, que se podía emplear para transformar la estructura de la gobernanza de la industria sueca y, en último término, la estructura de clase. La tormenta que se desató con esta propuesta llevó en parte a la derrota del Partido Socialdemócrata y, por último, la propuesta se rebajó tanto que dejó de representar una amenaza. Lo que refleja este episodio es el hecho de que las varias formas de «propiedad» *indirecta* de activos representada por cosas como los fondos de pensiones, en realidad, no suponen un debilitamiento importante de las relaciones de clase de la propiedad y el control sobre los activos productivos. Lo que importa es la forma en que las relaciones de poder se articulan con los derechos legales de propiedad.

3. La extracción del producto del trabajo ¿ya no es un problema para las empresas capitalistas?

El núcleo de las concepciones marxistas sobre las clases consiste en el problema de cómo extraer el producto del trabajo de los trabajadores que no poseen los medios de producción. Este problema se ha planteado también como un tema central en la economía de los costes de transacción bajo el epígrafe de los problemas de principal/agente en las empresas capitalistas. En la versión económica de esta controversia se sostiene que, en las condiciones de asimetrías de la información (los empleados tienen información privada sobre el producto de su trabajo que a los empleadores les cuesta conseguir) y una divergencia de intereses entre los principales y los agentes (los empleadores quieren que los trabajadores trabajen más de lo que harían voluntariamente), habrá un problema a la hora de dar cumplimiento al contrato de trabajo.

Este problema del principal/agente genera una serie de consecuencias a medida que los empleadores tratan de ajustar el comportamiento de los agentes a los intereses de los principales. Uno de los resultados es el «salario de eficiencia» mediante el cual se paga a los trabajadores por encima del salario acordado con el fin de aumentar el coste de la pérdida del puesto de trabajo, con lo que estos se lo piensan más a la hora de «escaquearse»¹⁸. Otra conse-

¹⁸ Para la demostración del coste de la pérdida del puesto de trabajo, *vid.* Samuel Bowles y Juliet Schor, «The Cost of Job Loss and the Incidence of Strikes», *Review of Economics and Statistics* 69, 4 (noviembre de 1987), pp. 584-592.

cuencia será el establecimiento de un aparato de vigilancia y disciplina en las empresas. Una tercera consecuencia es que los empleadores tomarán las decisiones en materia de asuntos tecnológicos teniendo en parte en cuenta los efectos de las tecnologías alternativas en lo referente a la vigilancia y el control social. Por supuesto, esto no implica que las dimensiones de clase de la elección de tecnología sean siempre lo más importante o que incluso sean siempre significativas sino, simplemente, que los empleadores no son indiferentes al efecto de las tecnologías alternativas en su capacidad de vigilar y obtener el producto del trabajo ajeno¹⁹. Cada uno de estos efectos está sobradamente comprobado de modo empírico.

La mayoría de los economistas no usa el lenguaje del análisis de clases en los debates sobre el problema del principal/agente porque dan por supuesta la distribución existente de los derechos de propiedad dentro de la empresa capitalista y, justamente, esa distribución de los derechos de propiedad es la dimensión central de la estructura de clase. Hacer explícito el carácter de clase del problema tiene la ventaja de permitir concentrar la atención en la forma en que las *variaciones* en las relaciones de producción pueden afectar al problema del principal/agente. Considérense dos ejemplos: empresas propiedad de los trabajadores y empresas capitalistas en las que es muy difícil despedir a trabajadores porque son titulares de un derecho eficaz al empleo.

En el caso de las cooperativas, Bowles y Gintis sostienen que, si los trabajadores son los receptores del ingreso generado en la producción (esto es, si son los propietarios de los activos), el problema de vigilar y disciplinar el trabajo cambiaría mucho²⁰. El problema de la extracción del producto del trabajo no desaparecería porque seguiría habiendo problemas de «gorrones» entre

¹⁹ Para un examen más extenso de este modelo de extracción del producto del trabajo, *vid.* Samuel Bowles y Herbert Gintis, «Contested Exchange: New Microfoundations for the Political Economy of Capitalism», *Politics & Society* 18, 2 (1990), pp. 165-222. Para comprobar la función de la vigilancia y el control social en la elección técnica, *vid.* David Noble, «Social Choice in Machine Design», *Politics & Society* 8, 3-4 (septiembre de 1978), pp. 313-347, y Samuel Bowles, «Social Institutions and Technical Choice», en M. DeMatteo, A. Vercelli y R. Goodwin (eds.), *Technological and Social Factors in Long Term Economic Fluctuation*, Berlín, Springer Verlag, 1988.

²⁰ Para una consideración más extensa sobre los efectos de la vigilancia y la eficiencia de las formas cooperativas de la propiedad, *vid.* Samuel Bowles y Herbert Gintis, *Recasting Egalitarianism: New Rules for Communities, States and Markets* (tercer volumen de «The Real Utopias Project»), Londres, Verso, 1998.

los trabajadores propietarios, pero, como en las cooperativas de trabajadores hay mayores incentivos para la vigilancia mutua que en las empresas capitalistas convencionales y como las motivaciones de los actores probablemente fortalecerán las normas y pautas contra los gorriones, los costes de la vigilancia deberán disminuir, con lo que la productividad aumentará. Los empleados en las empresas propiedad de los mismos empleados están imbuidos de un conjunto de relaciones de clase diferente de las de los empleados en una empresa capitalista convencional y esta variante afecta al proceso de extracción del producto del trabajo²¹.

Las empresas capitalistas en las que los trabajadores tienen derecho efectivo a su puesto de trabajo son también un ejemplo de la transformación de las relaciones de clase en la producción. En este caso, los trabajadores no son los titulares residuales del ingreso de la empresa (esto es, no son «propietarios» de los activos de capital), sino que los empleadores han perdido ciertos aspectos de sus derechos de propiedad ya que no tienen pleno derecho a decidir quién empleará los medios de producción que ellos «poseen». Esta situación plantea problemas específicos a los empleadores. Por un lado, al dificultar el despido de trabajadores, el derecho efectivo al puesto de trabajo reduce la eficiencia de la vigilancia y facilita el escaqueo. Pero esta restricción del despido también prolonga los horizontes temporales de los trabajadores con respecto a su lugar de empleo y puede hacer que se identifiquen más profundamente con la buena marcha de la empresa. Cuál de estas dos fuerzas será la determinante dependerá de los mecanismos de las instituciones que regulen las relaciones entre empleadores y trabajadores. La investigación sobre las implicaciones que, para la cooperación y la productividad, tienen los derechos eficaces al puesto de trabajo en Japón y Alemania pueden considerarse ejemplos de análisis de clases de problemas de principal/agente²².

²¹ Numerosos estudios verifican la propuesta de que la productividad es mayor en las empresas propiedad de los trabajadores que en las empresas capitalistas comparables. El estudio más completo sobre los efectos de la propiedad de los trabajadores en la productividad y otros resultados es el de Joseph Blasi, Richard Freeman y Douglas Kruse, *The Citizen's Share*, New Haven (Conn.), Yale University Press, 2013. Para una consideración temprana de la cuestión, *vid.* David Levine y Lara d'Andrea Tyson, «Participation, Productivity and the Firm's Environment», en Alan Binder (ed.), *Paying for Productivity*, Washington DC, Brookings, 1990, pp. 183-244.

²² David Gordon demuestra que hay una fuerte relación inversa entre el grado de cooperación en las relaciones de gestión del trabajo de un país y el peso de su empleo gerencial-

Por supuesto, es posible debatir sobre los efectos de las cooperativas de trabajadores y los derechos al puesto de trabajo en los problemas principal/ agente sin mencionar jamás la palabra «clase». Sin embargo, el contenido teórico del análisis sigue siendo parte del análisis de clases si el rasgo más característico de estas variaciones en la organización de la empresa se centra en cómo los trabajadores están vinculados a los activos económicos.

4. *La situación de clase*

¿ya no afecta sistemáticamente a la subjetividad del individuo?

Pakulski y Waters pisan su terreno más sólido cuando sostienen que la clase no es una fuente poderosa de identidad, conciencia y acción. Mi propia investigación sobre la estructura, la biografía y la conciencia de clase en el decenio de los ochenta indica que, en la mayoría de los países que estudié, las variables de clase eran sólo indicadores relativos de los valores de las diversas escalas de actitudes que adopté. Sin embargo, «relativos» no es lo mismo que «irrelevantes». En Suecia, la situación individual de clase explicaba por sí misma cerca del 16 por 100 de la varianza en una escala de conciencia de clase, mientras que, en Estados Unidos, la magnitud era del 9 por 100 y, en Japón, del 5 por 100²³. Cuando se añadía una gama de otras variables relacionadas con la clase —incluidas cosas como orígenes de clase, experiencias de autoempleo, experiencias en el paro y el carácter de clase de las redes sociales—, la cifra aumentaba a cerca del 25 por 100 en Suecia, el 16 por 100 en Estados Unidos y el 8 por 100 en Japón. En los tres países los efectos de clase eran estadísticamente significativos, aunque no extraordinariamente poderosos.

administrativo: la correlación entre un índice de cooperación y el porcentaje de empleo administrativo y gerencial era de 0,72 para 12 países de la OCDE. Las relaciones cooperativas de la gerencia laboral están estrechamente ligadas a unos derechos eficaces al puesto de trabajo y otros mecanismos que aumentan los derechos eficaces de los trabajadores en el marco de la producción. *Vid.* David Gordon, *Fat and Mean: Corporate Bloat, the Wage Squeeze and the Stagnation of Our Conflictual Economy*, Nueva York, Free Press, 1996.

²³ La escala de la conciencia de clase combinaba una serie de ítems simples de acuerdo/ desacuerdo en relación con las actitudes de la gente acerca del conflicto de clase, las empresas, la participación de los empleados en la adopción de decisiones, las huelgas y asuntos relacionados. Para más detalles, *vid.* Erik Olin Wright, *Class Counts*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, capítulo 14.

¿Qué conclusiones cabe extraer de estos resultados? En primer lugar, al menos en Estados Unidos y Suecia, las varianzas explicadas en estas ecuaciones no son especialmente bajas de acuerdo con las pautas de regresión que predicen actitudes. En general, es raro que las ecuaciones que predicen actitudes tengan elevadas varianzas explicadas, a menos que las ecuaciones incluyan otras actitudes como variables independientes (por ejemplo, empleando la autoidentificación en una escala de liberalismo/conservadurismo como forma de predecir las actitudes acerca de políticas públicas específicas). En parte, la razón de ello es, sin duda, el permanente problema de cómo medir adecuadamente las actitudes. Una parte importante de la varianza total de las actitudes medidas puede ser casual con respecto a cualesquiera determinantes sociales. Y parte de la razón de la baja varianza explicada en las regresiones actitudinales es que las causas de las actitudes individuales suelen ser irreductiblemente idiosincrásicas. Es difícil imaginar una regresión múltiple enraizada en variables sociales estructurales que «predijera» que Engels, un capitalista rico, sería partidario del socialismo revolucionario. En todo caso, la clase generalmente da igual o mejor resultado que muchas otras variables sociales estructurales a la hora de predecir una variedad de aspectos de actitudes.

El segundo fenómeno que se observa en estos resultados es la enorme variación transnacional en la fuerza explicativa de las variables de clase para predecir las actitudes individuales. Y, lo que es más, en una observación más detallada, hay variaciones interesantes en la forma específica en que la situación y las actitudes de clase se relacionan en los tres países. Sin entrar aquí en mucho detalle, si definimos las «coaliciones ideológicas» como conjuntos de situaciones de clase que se parecen más ideológicamente (medidas por estas cuestiones de actitudes) de lo que se parecen a otras situaciones, encontramos tres pautas muy distintas en estos tres países en el decenio de los ochenta, cuando realicé la investigación. En Suecia la estructura de clase está muy polarizada ideológicamente entre los trabajadores y los patronos y existe una «coalición de clase media» bastante amplia, muy distinta ideológicamente de la coalición burguesa y de la coalición de la clase obrera. En Estados Unidos la estructura de clase está menos polarizada ideológicamente y la coalición ideológica burguesa se extiende mucho hasta abarcar buena parte de la «clase media» estructuralmente definida: los gerentes y los profesionales forman parte decidida de esta coalición. En Japón, hay una tercera configuración: la polarización ideológica está mucho más mitigada que en cualquiera

de los otros dos países y las divisiones ideológicas se dan, principalmente, en torno al eje de la capacitación antes que en el de la dimensión de la autoridad en la estructura de clase.

Estas pautas de variación demuestran que el vínculo entre la clase y la subjetividad individual está muy influida por el contexto macrosocial en el que ocurre. Las localizaciones de clase no sólo producen formas de subjetividad, sino que conforman esta en interacción con una gama de otros procesos como mecanismos institucionales dentro de las empresas, estrategias políticas de los partidos y los sindicatos, legados históricos de luchas pasadas, etc. Estas complejidades, sin duda, refutan cualquier análisis simple del tipo de «la clase determina la conciencia». Pero no refuta el proyecto más amplio de investigar las formas en que la clase, conjuntamente con otros procesos sociales, tiene consecuencias.

Complejidad frente a disolución

Si las pruebas aportadas en las secciones anteriores son correctas, desde luego parece prematuro declarar la muerte de las clases. Puede que la clase no sea la causa más poderosa o fundamental de la «organización social» y que la lucha de clases no sea la fuerza transformadora más poderosa hoy en el mundo. La primacía de la clase, en cuanto principio explicativo entre todas las cuestiones sociales pendientes de explicación, es algo implausible. Sin embargo, la clase sigue siendo un elemento determinante poderoso de muchos aspectos de la vida social. Los límites de clase, especialmente el límite de la propiedad, siguen siendo obstáculos reales en la vida de la gente; las desigualdades en la distribución de los activos del capital siguen teniendo consecuencias reales para los intereses materiales, las empresas capitalistas siguen con el problema de extraer el producto del trabajo de empleados no propietarios y la clase sigue teniendo un impacto real, aunque variable, en las subjetividades individuales.

Al negar la importancia de estas observaciones empíricas, Pakulski y Waters parecen confundir la creciente *complejidad* de las relaciones de clase en las sociedades capitalistas contemporáneas con la *disolución* de las clases sin más. Aunque nunca fue cierto que bastara un modelo simple del capitalismo polarizado en dos clases para entender los efectos de la clase en la conciencia y en la acción de sociedades capitalistas concretas, hubo épocas y países en

los que esta quizá fuera una primera aproximación razonable. Para la mayor parte de los objetivos, ya no es tal el caso y es preciso añadir al análisis de clases una diversidad de formas de complejidad:

- Es necesario otorgar un estatus conceptual positivo a la ubicación de la «clase media», por ejemplo, tratándola como «ubicación contradictoria dentro de las relaciones de clase».
- La ubicación de las personas dentro de las estructuras de clase debe definirse no solamente en función de sus puestos de trabajo (ubicaciones directas de clase) sino en función de la forma en que se relacionan con los mecanismos de explotación a través de la estructura de la familia (ubicaciones mediatas de clase).
- Las ubicaciones de clase tienen una dimensión temporal específica debido a las formas en que se organizan las carreras. Esta dimensión temporal significa que, en la medida en que las trayectorias de las carreras tienen un carácter probabilístico, algunas ubicaciones de clase pueden tener un carácter objetivamente indeterminado.
- La difusión de la propiedad genuina de activos del capital entre los empleados, aunque todavía relativamente limitada, genera una complejidad adicional en las estructuras de clase, puesto que algunas personas en ubicaciones de clase gerencial e incluso en otras de clase obrera pueden ocupar simultáneamente ubicaciones en la clase capitalista como rentistas. Esto constituye una forma especial de «ubicación contradictoria dentro de las relaciones de clase».

El análisis de clase tiene que incorporar estas y otras complejidades. Sin embargo, su reconstrucción en estas formas no supone la disolución de los procesos causales que identifica la teoría de clases. La relación de la gente con los activos esenciales de la economía capitalista sigue configurando las oportunidades vitales y la explotación y estas, a su vez, tienen extensas ramificaciones en otros fenómenos sociales. Estas complejidades pueden llevar a un marco conceptual menos limpio y que quizá evoque pasiones menos violentas. Pero, en último término, la contribución del análisis de clases a los proyectos emancipatorios de cambio social depende tanto de su capacidad explicativa para entender la complejidad de la sociedad capitalista contemporánea como de su capacidad ideológica para movilizar la acción política.

IX

¿Es una clase el precariado?

De vez en cuando se plantea en la sociología y otras disciplinas similares la cuestión de si una categoría social concreta puede considerarse «una clase». Ya hemos encontrado este asunto en el examen de la propuesta de David Grusky y Kim Weeden de que unas categorías ocupacionales específicas sean «microclases». En este capítulo indago en el problema de si una categoría, que se ha llegado a conocer como el «precariado», es en realidad una clase. Este concepto tiene sus orígenes en los debates sobre la inseguridad económica y la precariedad del empleo en los decenios de los ochenta y los noventa y en cuya consideración anterior se entendió principalmente como una condición a la que se enfrentaban los trabajadores antes que como una clase diferente dentro de la estructura de clases. Los analistas del capitalismo contemporáneo admiten, en general, la importancia de estas tendencias. Su reconversión hasta pasar de la *precariedad como condición* al *precariado como clase* es algo mucho más controvertido. En el resto del capítulo paso revista a los argumentos a favor de este punto de vista expuestos por su partidario más influyente, Guy Standing, en sus dos libros: *El precariado* y *Precariado. Una carta de derechos*¹.

Comienzo bosquejando el análisis básico de Standing sobre el precariado y sus argumentos de por qué debe considerarse una clase. Luego considero el

¹ Guy Standing, *El precariado. Una nueva clase social*, Barcelona, Pasado y presente, 2013 y *Precariado. Una carta de derechos*, Madrid, Capitán Swing, 2014 [eds. orig., respectivamente: *The Precariat: The New Dangerous Class*, 2011 y *The Precariat Charter: From Denizens to Citizens*, 2014 (ambas publicadas por la editorial londinense Bloomsbury)].

lugar del precariado dentro de una comprensión amplia del análisis de clases. Sostengo que, mientras que el precariado puede ubicarse dentro del análisis de clases, no es útil tratarlo como una clase por derecho propio.

1. Los argumentos de Guy Standing en favor del precariado como clase

Standing fundamenta sus argumentos acerca de que el precariado es una clase en una definición tridimensional de clase muy compleja: «La clase puede definirse como un grupo determinado principalmente por específicas “relaciones de producción”, específicas “relaciones de distribución” (fuentes de ingreso) y específicas “relaciones con el Estado”. De estas relaciones surge una *conciencia* distintiva de lo que son reformas y políticas sociales deseables»².

La inclusión explícita de las relaciones con el Estado es aquí determinante. Mientras que muchos analistas de clases consideran que las relaciones de las clases con el Estado son un asunto importante, pocos la incluyen en la definición misma de estructura de clases. Standing lo hace porque cree que uno de los aspectos fundamentales de la realidad vivida de la posición del precariado en el capitalismo contemporáneo se centra en la marginación creciente de mucha gente de los derechos que normalmente se asocian con la ciudadanía. Es la intersección de la precariedad económica con la marginalidad política la que establece la línea que más claramente divide el precariado de la clase trabajadora.

Sobre la base de las tres dimensiones de las relaciones —relaciones de producción, relaciones de distribución y relaciones con el Estado—, Standing identifica siete clases que comprende la estructura de clases de las sociedades capitalistas contemporáneas:

1. *La elite o plutocracia*. Es una verdadera clase dominante en el sentido marxista clásico. En palabras de Standing, «no son el 1 por 100 señalado por el movimiento *Occupy*. Son mucho menos numerosos, y ejercen un poder mayor del que la mayoría de la gente puede apreciar. Su fuerza financiera configura el discurso político, las políticas económicas y la política social»³.

² G. Standing, *Precariado. Una carta de derechos*, cit., p. 24.

³ *Ibid.*

2. *Los altos directivos o ejecutivos*. Esta clase se define por estar compuesta por gente «con empleo estable a tiempo completo; aunque algunos de ellos aspiran a entrar algún día a formar parte de la elite, la mayoría se contenta con disfrutar de los privilegios de su clase, sus pensiones, sus vacaciones pagadas y su participación en los beneficios de la empresa [...]. Este grupo se concentra en las grandes empresas, las agencias gubernamentales y el funcionariado que dirige y gestiona la administración pública»⁴.
3. *Los profitécnicos*. Se trata de un término «que combina las ideas tradicionales de “profesional” y “técnico” y se aplica a cuantos poseen habilidades cotizadas en el mercado que les permiten obtener elevados ingresos por contrato, como asesores o trabajadores independientes por cuenta propia»⁵.
4. *La vieja clase obrera «nuclear» (proletariado)*. Esta clase «se define por su dependencia del trabajo en masa y del salario, o por la ausencia de control sobre la propiedad de los medios de producción y por la habituación a un trabajo estable que correspondía con sus capacidades»⁶.
5. *El precariado*.
6. *Los desempleados*.
7. *El lumpen-precariado (o «subclase»)*. Standing considera que esta categoría es «un grupo deshilvanado de fracasados e inadaptados sociales que viven de los desechos de la sociedad»⁷.

La finalidad de Standing no es proporcionar definiciones cuidadosas, analíticamente rigurosas de cada una de estas clases. Sólo se interesa, en realidad, por la distinción entre el precariado y el resto de la estructura de clases, especialmente de la clase obrera. En consecuencia, solamente aporta un conjunto de distinciones y justificaciones de algunas de estas categorías. Por ejemplo, de su análisis no se sigue con claridad cómo deben tratarse los empleados no directivos y titulados de cuello blanco en puestos de trabajo estables en los sectores público y privado. No parecen ser parte de la clase obrera, que Standing identifica con el trabajo manual, pero tampoco encajan en su definición

⁴ G. Standing, *El precariado. Una nueva clase social*, cit., pp. 26-27.

⁵ *Ibid.*, p. 27.

⁶ G. Standing, *Precariado. Una carta de derechos*, cit., p. 26.

⁷ G. Standing, *El precariado. Una nueva clase social*, cit., p. 27.

de los altos directivos y ejecutivos, puesto que la categoría también incluye a altos directivos de empresa que «aspiran a entrar algún día a formar parte de la élite» y tampoco encajan en su categoría de los profitécnicos, que son trabajadores por cuenta propia, titulados y con alta movilidad. Tal falta de precisión sería un problema si Standing intentara trazar un mapa general del capitalismo contemporáneo, pero este no es el caso. Su objetivo es defender el concepto de precariado y aportar una explicación detallada de los rasgos característicos que lo distinguen de la clase obrera.

Lo hace comparando a los trabajadores y al precariado en función de tres dimensiones de las relaciones de clase.

Relaciones de producción distintivas. Al identificar los criterios que diferencian el precariado del proletariado, Standing no otorga a ninguna de las tres dimensiones de las relaciones de clase más peso que a otras. Con todo, la primera de estas —las relaciones de producción— parece ser la esencial al fijar el concepto y darle un nombre. Desde el punto de vista de las relaciones de producción, escribe: «El precariado consiste en la gente que vive de empleos inseguros entremezclados con periodos de desempleo o de retiro de la fuerza de trabajo (la mal llamada “inactividad económica”) y lleva una vida de inseguridad con un acceso incierto a la vivienda y a los recursos públicos»⁸. Standing sostiene que estas relaciones de producción diferencian tajantemente al precariado del proletariado:

El precariado es algo distinto de la «clase obrera» o del «proletariado». Estos últimos términos sugieren una sociedad que consiste principalmente en trabajadores con un puesto relativamente duradero y estable, con jornadas de trabajo fijas y vías bastante claras de mejora, sindicatos y con convenios colectivos, cuyos puestos de trabajo tenían un nombre que sus padres y madres habrían entendido, frente a patronos locales cuyos nombres y rasgos les eran familiares⁹.

[...]

Se esperaba que la clase obrera suministrara un trabajo asalariado estable, aun si sus miembros estaban expuestos al desempleo. El término que caracterizaba a sus vidas obreras era la proletarianización, la habituación a un trabajo

asalariado estable a tiempo completo [...]. Mientras la norma proletaria era la habituación al trabajo estable, el precariado está habituándose al trabajo inestable¹⁰.

Standing amplía esta idea nuclear de la inseguridad sosteniendo que el precariado carece de «alguna de las siete formas de seguridad relacionadas con el trabajo» que caracterizaban a la clase obrera a raíz de la Segunda Guerra Mundial: *seguridad del mercado laboral* (oportunidades adecuadas para obtener unos ingresos decentes); *seguridad en el empleo* (protección frente a despidos arbitrarios, normas legales sobre la contratación y el despido, etc.); *seguridad en el puesto de trabajo* (capacidad y facilidad para mantener un nicho en el empleo); *seguridad en el trabajo* (protección frente a accidentes y enfermedades laborales); *seguridad en la reproducción de las habilidades* (oportunidades para mejorarlas mediante cursillos de aprendizaje y formación); *seguridad en los ingresos* (seguridad en un ingreso estable adecuado); *seguridad en la representación* (representación colectiva en el mercado laboral, derecho a organizar sindicatos independientes y derecho de huelga)¹¹. La ausencia de las cinco primeras de estas formas de seguridad son aspectos de la forma específica de las relaciones de producción del precariado.

Relaciones de distribución distintivas. El ingreso, observa Standing, adquiere una multiplicidad de formas: «producción por cuenta propia, los ingresos provenientes de producir o vender en el mercado, los salarios monetarios, los beneficios empresariales no salariales, las prestaciones comunitarias, las prestaciones estatales y los ingresos procedentes de activos financieros y otros activos»¹². La característica distintiva del precariado es la falta de acceso a todas las fuentes no monetarias de ingresos:

Durante el siglo XX, la tendencia era a un alejamiento de los salarios monetarios con un crecimiento proporcional de la renta social proveniente de los beneficios empresariales y las prestaciones estatales. Lo que distingue al precariado es la tendencia opuesta, con la práctica desaparición de todas las fuentes no salariales de ingresos [...]. El precariado carece de acceso a las preben-

⁸ G. Standing, *Precariado. Una carta de derechos*, cit., p. 27.

⁹ G. Standing, *El precariado. Una nueva clase social*, cit., p. 25.

¹⁰ G. Standing, *Precariado. Una carta de derechos*, cit., p. 28.

¹¹ G. Standing, *El precariado. Una nueva clase social*, cit., p. 31.

¹² G. Standing, *Precariado. Una carta de derechos*, cit., p. 29.

das no salariales, tales como vacaciones pagadas, bajas médicas, pensiones de la empresa, etc. También carece de prestaciones estatales basadas en derechos, vinculadas a titularidades legales, siendo dependiente de prestaciones inciertas y discrecionales, cuando las tiene. Y carece del acceso a las prestaciones comunitarias, en forma de bienes comunales robustos (servicios y equipamientos públicos) y redes de apoyo familiar o local fuertes¹³.

El asunto crucial aquí, creo, es la vulnerabilidad básica de la gente cuando su nivel material de vida procede por entero de los salarios monetarios, sin red social de seguridad, respaldo comunitario u otras fuentes de ingresos. El nivel de vida de la clase obrera a este respecto se mantiene mediante formas de ingresos distintos de los salarios monetarios, incluso aunque estos disminuyan en la era de la austeridad. Para el precariado, esas ganancias han desaparecido en gran medida. Lo que define la precariedad económica del precariado es la combinación de la inestabilidad en el empleo y la vulnerabilidad económica.

Relaciones distintivas con el Estado. Si bien varios aspectos de la precariedad económica pueden ser los factores más obvios que contribuyen a que el precariado se constituya en clase social, Standing cree, asimismo, que sus relaciones distintivas con el Estado son decisivas para crear una frontera real entre él y la clase obrera. Standing elabora su análisis en torno al contraste entre «ciudadanos» y «residentes»: los ciudadanos son personas que gozan de todos los derechos concedidos por el Estado; los «residentes» son personas que viven bajo la jurisdicción del Estado pero que tienen derechos mucho más limitados¹⁴. «El precariado», escribe Standing, «carece de los derechos otorgados a los ciudadanos pertenecientes al núcleo de la clase obrera y al salariado. Los miembros del precariado son meros residentes»¹⁵. Tradicionalmente, los inmigrantes no ciudadanos eran residentes en este sentido: tenían

¹³ *Ibid.*, pp. 29-30.

¹⁴ Entre estos derechos se cuentan los derechos políticos («el precariado está relativamente desposeído»), los derechos civiles («el precariado está perdiendo el derecho al proceso debido»), derechos culturales («los gobiernos están demandando más conformidad con las normas sociales y las instituciones mayoritarias, intensificando la marginación cultural de las minorías») y derechos económicos y sociales («el precariado está perdiendo derechos económicos y sociales, sobre todo en las esferas de las prestaciones estatales, y el derecho a ejercer una ocupación») (G. Standing, *Precariado. Una carta de derechos*, cit., p. 31).

¹⁵ *Ibid.*, p. 32.

permiso para residir en algún lugar pero con un conjunto de derechos políticos mucho más limitado. Esta condición, sostiene Standing, se ha extendido ahora a una gran cantidad de personas que formalmente siguen siendo ciudadanas. Por el contrario, para la clase obrera, estos derechos están intactos en buena medida.

De este modo, el precariado se define según tres criterios de amplio alcance: *precariedad* dentro de las relaciones de producción, *vulnerabilidad* dentro de las relaciones de distribución y *marginalidad* dentro de las relaciones con el Estado. Aunque algunos segmentos de la clase obrera puedan compartir varias de estas características, en conjunto configuran el precariado como clase distintiva¹⁶.

Todo esto no significa que no haya divisiones dentro del precariado. En el segundo decenio del siglo XXI, sostiene Standing, el precariado en el mundo capitalista desarrollado se divide en tres subcategorías principales. La primera son personas que antes se encontraban seguras en la clase obrera pero a las que la trayectoria del desarrollo capitalista ha marginado. Se trata de «gente expulsada de las comunidades y las familias de clase obrera. Es gente que experimenta una sensación de relativa privación. Ellos, sus padres y sus abuelos, tenían puestos de clase obrera, con estatus, especialización y respeto»¹⁷. La segunda variedad «consiste en los tradicionales residentes: inmigrantes, gitanos, minorías étnicas, solicitantes de asilo en el limbo, es decir, los que en cualquier sitio tienen los derechos menos seguros. También incluye a algunos discapacitados y a un creciente número de exconvictos»¹⁸. La tercera variedad, que Standing considera el corazón dinámico del precariado, «consiste

¹⁶ Además de las propiedades distintivas del precariado con respecto a las tres relaciones que son parte de su definición como clase, Standing también sostiene que el precariado tiene una serie de otros rasgos distintivos que lo separan de la clase obrera: la pérdida de la identidad ocupacional, la falta de control sobre el tiempo, la separación del trabajo, la baja movilidad social, la sobrecualificación, la incertidumbre, y la pobreza y las trampas de la pobreza. El estatus lógico de estos atributos adicionales no está claro en el análisis, puesto que no constituyen parte de su definición explícita del concepto de clase y reconoce que algunos de ellos también pueden aplicarse a algunos segmentos de la clase obrera. Algunos de estos pueden considerarse como posteriores elaboraciones de aspectos de las relaciones de producción y de distribución y algunos más pueden entenderse como efectos de las condiciones primarias que definen al precariado.

¹⁷ G. Standing, *Precariado. Una carta de derechos*, cit., p. 39.

¹⁸ *Ibid.*, p. 40.

en los bien formados, arrojados a una existencia precarizada después de que se les prometiera lo contrario, una brillante carrera de desarrollo y satisfacción personal. La mayoría está en la veintena y la treintena. Pero no están solos. Se les están uniendo muchos expulsados de una existencia asalariada [...]. No se dedican a lo que pretendieron dedicarse y tienen pocas posibilidades de llegar a hacerlo algún día»¹⁹.

Los tres segmentos experimentan un sentido profundo de privación, una dolorosa distancia entre las realidades vividas de sus vidas y sus expectativas vitales, pero el punto central de esa distancia es diferente en cada caso: «La primera parte del precariado experimenta privación relativa de un pasado real o imaginario; la segunda de un presente ausente, de una “casa” ausente; y la tercera de un sentimiento de no tener futuro»²⁰. Estas experiencias subjetivas diferentes de privación, vinculadas a la precariedad, generan graves divisiones que socavan la capacidad del precariado de actuar colectivamente como una clase. «El precariado está tan dividido», escribe Standing, «que podríamos describirlo como una clase en guerra consigo misma»²¹. Y, sin embargo, a pesar de ello, cree que tiene el potencial de convertirse en una «clase peligrosa», mucho más capaz que la clase obrera de oponerse «a las principales agendas políticas del siglo XX, el neoliberalismo de la “derecha” convencional y el laborismo de la socialdemocracia»²².

2. El lugar del precariado en el análisis de clases

No hay duda de que la precariedad, conjuntamente con otros factores, se ha incrementado como condición de vida en los países capitalistas desarrollados. Subsiste, sin embargo, la cuestión de cómo haya de entenderse este fenómeno desde el punto de vista conceptual. La propuesta de Guy Standing es que el precariado es una clase en el mismo sentido en que lo es la clase obrera. Se refiere al precariado como una clase en formación, haciendo justicia al hecho de que todavía no se comporta como un actor colectivo unificado —no es una clase para sí, en los términos marxistas clásicos—, pero, con todo, cons-

tituye una situación de clase en términos de su situación estructural dentro de la estructura de clases del capitalismo, diferenciada de la clase obrera y de otras clases en su inventario.

La estrategia básica de Standing para defender su propuesta es sostener que hay un conjunto de condiciones distintivas que diferencian las vidas del precariado de las de la clase obrera tradicional. Reconoce que hay un solapamiento entre el precariado y algunas partes de la clase obrera si se consideran estas condiciones aisladamente, pero afirma que, si se toman en su conjunto, estas características generan una clara línea de separación: «En suma, el precariado se define por diez rasgos»²³. No todos son exclusivos de él. Pero tomados en conjunto, los elementos definen a un grupo social y por esa razón podemos decir que el precariado es una clase-en-formación»²⁴.

Standing es muy desdeñoso frente a los estudiosos que no están de acuerdo en que el precariado sea una clase. En concreto, es muy crítico con los marxistas, cuyo «deseo de integrar al precariado en las viejas nociones de la “clase obrera” o el “proletariado” nos impide desarrollar el vocabulario apropiado y el conjunto de imágenes necesarias para guiar el análisis de clase en el siglo XXI»²⁵. La cuestión a la que nos enfrentamos, pues, es saber si compartir o no este conjunto de características socioeconómicas elaboradas por Standing es suficiente para considerar que una categoría social es una clase. ¿Cuáles serán los criterios concretos con que podemos responder a esta cuestión?

El criterio fundamental que se emplea en las tradiciones marxista y weberiana del análisis de clases es el de los *intereses materiales*. Hay un cartel, aproximadamente de 1979, en el que se ve a una mujer de la clase obrera apoyada en una valla. El cartel dice: «La conciencia de clase es saber en qué lado de la valla te encuentras. El análisis de clases es averiguar quién te acompaña»²⁶. Se trata de una propuesta sobre intereses materiales: dos personas que pertenecen a una misma clase tienen mayor coincidencia en sus intereses materiales que dos personas de clases diferentes. De este modo, sostener que la clase obrera y el precariado son clases diferentes es sostener que tienen intereses materiales diferentes.

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ *Ibid.*, p. 41.

²¹ *Ibid.*, p. 39.

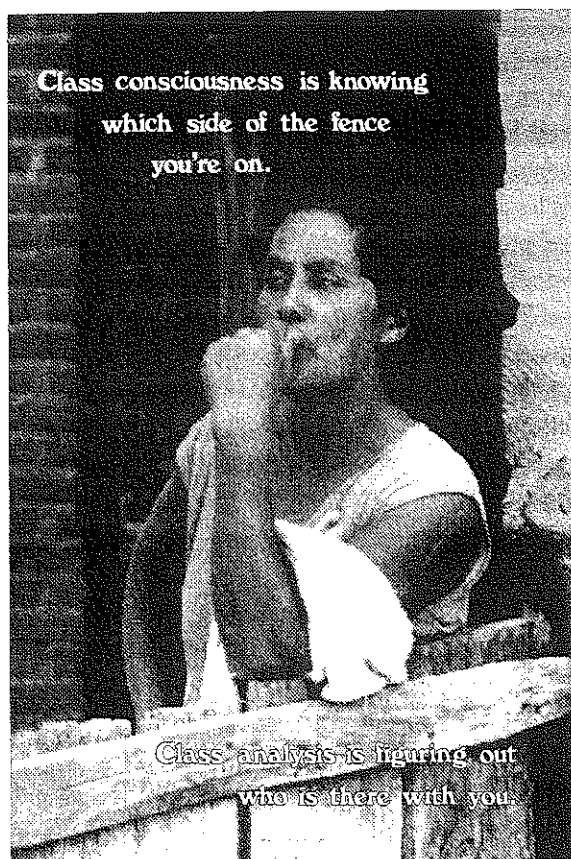
²² *Ibid.*, p. 41.

²³ Estos 10 rasgos son las tres dimensiones de las relaciones de clase y otras siete características. *Vid.* la nota 16 más arriba.

²⁴ *Ibid.*, p. 39.

²⁵ *Ibid.*, p. 41.

²⁶ Cartel publicado por Press Gang Publishers, Vancouver, B.C., s.d.



Desde luego, con este supuesto, se limita a soslayar la cuestión original porque ahora necesitamos un criterio claro acerca de qué constituyen los «intereses materiales». Se trata de un problema perenne de la teoría social y plantea una serie de cuestiones teóricas muy complicadas.

Quizá el mayor desacuerdo en los debates sobre intereses sea el tema de los intereses *objetivos* frente a los *subjetivos*. Algunas personas sostienen que la idea de intereses sólo es legítima cuando se refiere a los estados subjetivos de los actores en relación con la comprensión de sus intereses. Otras insisten en que también tiene sentido hablar de intereses objetivos. En el caso de los primeros, la idea de intereses está estrechamente relacionada con las preferencias. En el de los segundos, es razonable decir a alguien que está a punto de hacer algo: «Está usted equivocado. Eso no le interesa», lo cual supone que los

intereses no deben confundirse con las preferencias. La preocupación que se manifiesta en este desacuerdo es que el enunciado de «intereses objetivos» de la clase obrera puede convertirse fácilmente en una elite que diga a las masas lo que es «bueno para ellas». Los intereses objetivos se han empleado históricamente como un arma para defender las políticas impuestas por partidos y Estados autoritarios, con lo que hay buenas razones para desconfiar de quienes invocan los intereses objetivos. Desconfiar, sin embargo, no quiere decir abandonar la idea de los intereses objetivos en absoluto, sino que se limita a considerarlos antes como propuestas que como órdenes imperativas.

En todo caso, en el análisis de clases en las tradiciones marxista y weberiana, se sostiene la existencia de un campo concreto de intereses objetivos que pueden identificarse como «intereses materiales». Toda persona puede identificar acciones y cambios sociales que mejorarían o perjudicarían sus condiciones materiales de vida. A veces, el término «material» se usa de modo restrictivo para señalar exclusivamente los ingresos. Otras veces se emplea de modo más amplio, de forma que incluya muchos aspectos de la situación económica de una persona; entre otros, las condiciones laborales, las oportunidades, el ocio, la estabilidad económica, el control sobre el empleo del tiempo y muchos otros aspectos. En ambos casos se presupone que es posible evaluar objetivamente la gama de estrategias y alternativas que afectarán a estos aspectos de la situación económica de una persona²⁷.

Si aceptamos la idea de que los intereses materiales objetivamente definidos son un criterio legítimo para distinguir las situaciones de clase, la cues-

²⁷ Una vez se ha incluido un conjunto complejo de dimensiones en el epígrafe de los «intereses materiales», por lo general, la gente entrará en relaciones de intercambio a la hora de mejorar una u otra de estas dimensiones. Por ejemplo, las estrategias y cambios sociales que mejoran la seguridad económica pueden ser contrarios a los que mejoran el ingreso. Sostener que la gente tiene intereses materiales no implica sostener también que tenga un interés objetivo en favorecer a una u otra de estas dimensiones allí donde se dan relaciones de intercambio. La objetividad de los intereses materiales en estas situaciones más complejas es la objetividad de los intercambios en los que participa la gente. Por tanto, decir que dos personas tienen los mismos intereses materiales objetivos equivale a decir que se encuentran ante los mismos intercambios básicos. Hablar acerca de los intereses objetivos materiales no supone sostener que la gente tenga algún interés objetivo general a la hora de perseguir sus intereses materiales como si fueran distintos de otros tipos de intereses. Después de todo, Friedrich Engels era hijo de un capitalista y dedicó su tiempo y energía a apoyar a Marx y al movimiento obrero. La idea de que los intereses de clase son «objetivos» en este caso significa que, cuando Engels apoyaba el socialismo revolucionario, estaba actuando en contra de sus intereses materiales objetivos.

tión siguiente es la de cómo concretar esos intereses con respecto a la estructura de clase del capitalismo contemporáneo. Esto nos ayudará a responder la cuestión de si el precariado y la clase obrera son clases distintas. Para esta tarea resultará útil recurrir a la metáfora del juego que se vio en el debate sobre el modelo de microclases de Grusky-Weeden en el capítulo VI. Los intereses materiales objetivos de cualquier situación en un sistema económico capitalista pueden concretarse en el nivel del juego mismo, en el nivel de las reglas del juego en el de los movimientos en el curso del juego.

En el nivel del *juego mismo*, la cuestión marxista es: ¿cómo quedarían afectados los intereses materiales de la gente situada en espacios diferentes en el capitalismo con un cambio del capitalismo en socialismo?²⁸. Innecesario decir que esta cuestión es muy controvertida. Mucha gente rechaza, por entero, la idea del socialismo del tipo que sea en cuanto alternativa viable al capitalismo o sostiene que, si bien el socialismo es posible, casi todo el mundo viviría peor en él, razón por la cual no hay diferenciación de clases dentro del capitalismo *en el nivel del juego*. Este criterio supone, en efecto, que todas las situaciones de clase dentro del capitalismo tienen intereses materiales compartidos en contra del socialismo. Otros que sí creen que es posible una alternativa positiva al capitalismo difieren profundamente en cuanto al significado del «socialismo» y, según como se conciba el socialismo, variará el campo de intereses dentro del capitalismo con respecto a la alternativa.

Al margen de estas dificultades, la conexión entre la estructura de clases en el capitalismo y la posibilidad del socialismo es la cuestión definitoria del análisis de clases marxista. Si uno no conserva, al menos, una idea coherente de que pueda haber una alternativa al capitalismo, el análisis marxista de clases pierde su fundamento. Estas cuestiones plantean graves dificultades para el trabajo marxista contemporáneo sobre las clases. Habida cuenta de la obvia complejidad de las estructuras contemporáneas de clases, ¿cómo podremos especificar claramente los intereses de la gente en la estructura económica existente en relación con una alternativa tan abstracta como el «socialismo»?

²⁸ En realidad, aquí hay dos cuestiones relacionadas: los intereses de la gente, vinculados a las distintas posiciones de clase dentro del capitalismo, por vivir en una sociedad socialista y los intereses en la transición de la sociedad capitalista a la socialista. Según sea el punto de vista de cada cual acerca de los posibles costes de transición de la transformación social, uno puede tener intereses inequívocos en el socialismo en el primer sentido y, sin embargo, no estar interesado en tratar de establecer el socialismo. Y, desde luego, estos intereses, en ambos casos, dependen de lo que cada cual entienda concretamente por «socialismo».

lismo»? Una cosa es definir esos intereses con una perspectiva simple, binaria, de las relaciones de clases del capitalismo como relaciones entre capitalistas y trabajadores y otra completamente distinta situar los intereses en las complejas estructuras de clase del capitalismo analizado en niveles más concretos.

La solución de este problema ha constituido la preocupación central de mi trabajo sobre las clases. Sin entrar en mayores detalles, he propuesto el concepto de «situaciones contradictorias dentro de las relaciones de clases» como forma de conectar la complejidad de las estructuras de clase del capitalismo con la alternativa del socialismo. La idea fundamental es identificar una serie de situaciones dentro de las relaciones de clases del capitalismo que se dan, de algún modo, simultáneamente en más de una clase. Más en concreto, con respecto a las relaciones de dominación y explotación, algunas situaciones pueden ser simultáneamente dominadas y dominadoras, o explotadoras y explotadas²⁹. En este contexto ello implica que, respecto a los intereses materiales definidos en función del juego del capitalismo frente al socialismo, estas situaciones tienen intereses contradictorios, esto es, intereses que apuntan en direcciones opuestas.

En el nivel de *las reglas del juego*, el problema de los intereses de clase se refiere a qué conjunto de normas es el óptimo para las diferentes situaciones dentro del capitalismo ya que la gente, en dichas situaciones, continuará jugando al juego del capitalismo. ¿Qué es mejor para los trabajadores manuales de la industria? ¿Jugar el juego del capitalismo estadounidense o el del capitalismo danés o alemán? ¿Qué sucede con los trabajadores muy cualificados, como los doctores o los ingenieros? Las diferentes normas del juego capitalista ¿otorgan ventajas o desventajas especiales a la gente en posiciones diferentes dentro del sistema? Estas cuestiones pueden plantearse, bien cuando se dan variaciones a gran escala de las reglas del capitalismo –por ejemplo, el capitalismo neoliberal con una débil red de Seguridad Social y escasa provisión de bienes públicos frente al capitalismo con un Estado del bienestar expansivo y amplia provisión de bienes y servicios públicos–, bien cuando se trate de variaciones de segundo rango de las reglas. La cuestión es que podamos definir los intereses materiales y, con ello, la posición de la gente en la estructura de clases con respecto a esas variaciones de las reglas del capitalismo y no solamente sobre el juego del capitalismo en sí mismo.

²⁹ Para más detalles sobre este concepto, *vid.* Erik Olin Wright, *Classes*, Londres, Verso, 1985, y *Class Counts*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

Por último, en el nivel de *los movimientos del juego*, el problema de los intereses de clase se refiere a las estrategias óptimas que adopta la gente para asegurar y mejorar sus intereses materiales, dado que no es posible cambiar las reglas. Las personas ocupan posiciones concretas en el sistema socioeconómico. El problema al que se enfrenta cada cual es: ¿qué debo hacer en mi situación actual para mejorar mis intereses materiales? ¿Debo intentar cambiar de posición (esto es, convertirme en un tipo distinto de jugador)? ¿Debo aumentar mi formación para mejorar mi posición negociadora en mi posición actual? ¿Debo ir a vivir a otra parte? ¿Debo unirme con otra gente como yo en una acción colectiva para la mejora mutua y, siendo así, quién es esa otra gente «como yo» para esta tarea? Esto es algo completamente distinto al hecho de preguntar por los tipos de cambios en las reglas que mejorarían mi vida, por no mencionar si no estaría mucho mejor en un juego completamente distinto. En el capítulo VI sostuve que el modelo de Grusky y Weeden de microclases ocupacionales puede interpretarse como un análisis de clases en este nivel de movimientos del juego.

Sirviéndonos de esta metáfora del capitalismo como un juego, podemos ahora plantear la cuestión de si el precariado es una clase diferente de la clase obrera. ¿En qué medida son diferentes los intereses materiales de la gente del precariado, como lo define Guy Standing, y de la clase obrera con respecto al juego en sí mismo, las reglas del juego y los movimientos de este?

En el nivel del propio juego, si uno cree que es posible una alternativa socialista democrática al capitalismo —aunque no sea factible en las circunstancias históricas actuales—, el precariado y la clase obrera ocupan la misma posición dentro de la estructura de clases. Las condiciones materiales de vida de la gente en las dos posiciones del capitalismo mejorarían en una economía alternativa constituida en torno a varias formas de propiedad social, derecho de codecisión democrática acerca de amplias prioridades de inversión, un sector en expansión de bienes públicos desmercantilizados, una forma cooperativa de relaciones mercantiles y otros elementos componentes del socialismo democrático³⁰. Sin embargo, puesto que la lucha colectiva en pro de esta alterna-

³⁰ Para una exploración de los campos de esta concepción del socialismo democrático como alternativa al capitalismo, *vid.* Erik Olin Wright, *Construyendo utopías reales*, Madrid, Akal, 2014, capítulos 5 a 7 [ed. orig.: *Envisioning Real Utopias*, Londres, Verso, 2010], y Robin Hahnel y Erik Olin Wright, *Alternatives to Capitalism: Proposals for a Democratic Economy*, New Left Project, 2014, disponible como *e-book* en www.newleftproject.org/index.php/site/article_comments/alternatives_to_capitalism_proposals_for_a_democratic_economy.

tiva no aparece en el horizonte político actual, seguramente las divisiones de clase al nivel de las reglas del juego y los movimientos de este pueden ser más relevantes inmediatamente para la cuestión de si el precariado es una clase.

En lo que respecta a las reglas del juego, es evidente que, con las existentes —en términos generales, las reglas del capitalismo neoliberal—, las condiciones materiales de vida de la mayoría de la gente en los tres segmentos del precariado son peores que las de la mayoría de la gente en la clase obrera. Después de todo, la misma precariedad ya es un perjuicio importante. Pero ¿acaso significa esto que los cambios en las reglas del juego que mejorarían significativamente las condiciones del precariado afectarían adversamente a los intereses materiales de los trabajadores? Y ¿hay cambios importantes en las reglas en beneficio de los trabajadores que empeorarían las condiciones del precariado? ¿Se encuentran ambos en el mismo lado de la valla o en lados opuestos, cuando la valla se define por las luchas acerca de las reglas del juego dentro del capitalismo?

Consideremos, en primer lugar, los cambios en las reglas que beneficiarían al precariado. En *Precariado. Una carta de derechos*, Standing propone un inventario general de demandas para mejorar las condiciones del precariado. Esta carta contiene 29 artículos:

- Artículo 1: redefinir el trabajo como actividad productiva y reproductiva.
- Artículo 2: reformar las estadísticas laborales.
- Artículo 3: convertir los procesos de contratación en breves encuentros.
- Artículo 4: regular el trabajo flexible.
- Artículo 5: promover la libertad asociativa.
- Artículos 6-10: reconstruir las comunidades ocupacionales.
- Artículos 11-15: parar la política clasista de inmigración.
- Artículo 16: asegurar el proceso debido para todos.
- Artículo 17: eliminar las trampas de la pobreza y las trampas de la precariedad.
- Artículo 18: prender fuego a las pruebas de evaluación para optar a las prestaciones.
- Artículo 19: dejar de demonizar a los discapacitados.
- Artículo 20: jerradicar ya la contraprestación de trabajo!
- Artículo 21: regular los créditos rápidos y los préstamos a estudiantes.
- Artículo 22: instituir un derecho al conocimiento y al asesoramiento financiero.

- Artículo 23: desmercantilizar la educación.
- Artículo 24: prender fuego a los subsidios.
- Artículo 25: avanzar hacia una renta básica universal.
- Artículo 26: participar en el capital a través de fondos soberanos de riqueza.
- Artículo 27: revitalizar los comunes.
- Artículo 28: revitalizar la democracia deliberativa.
- Artículo 29: remarginalizar las organizaciones benéficas³¹.

Se trata de propuestas consistentes, progresistas que, si se institucionalizan, sin duda cambiarían fundamentalmente las vidas de la gente del precariado. Algunas de ellas se orientan directamente hacia las condiciones específicas a las que se enfrenta el precariado, como el artículo 4, *regular el trabajo flexible*. Algunas otras se refieren a categorías específicas de gente, como el artículo 19, *dejar de demonizar a los discapacitados*. Varias de estas propuestas se refieren a reglas muy estrictas del juego del capitalismo contemporáneo, como el artículo 21, *regular los créditos rápidos y los préstamos a estudiantes*, y otros se refieren a transformaciones de las normas que, si se aplicaran de verdad, serían como un adelanto de una alternativa emancipadora al capitalismo, como el artículo 25, *avanzar hacia una renta básica universal*; el artículo 26, *participar en el capital a través de fondos soberanos de riqueza*; el artículo 27, *revitalizar los comunes*, y el artículo 28, *revitalizar la democracia deliberativa*. Si bien algunas de las propuestas parecen menos urgentes que otras —las reformas de las estadísticas laborales no es tan urgente como eliminar las trampas de la pobreza y la precariedad—, todas están en el interés material del precariado.

No obstante, la cuestión pendiente no es simplemente si esas propuestas sirven a los intereses del precariado sino si proveen de la base para considerar que el precariado sea una clase diferente de la clase obrera. ¿Hay una separación en los intereses materiales del precariado y la clase obrera con respecto a esta carta de propuestas de cambio en las reglas del juego del capitalismo? En mi opinión, la respuesta es «no»: ninguno de los cambios propuestos en las reglas del juego es contrario a los intereses materiales de la clase obrera y casi todos ellos beneficiarían extraordinariamente a los intereses de los trabajadores. Aunque estas propuestas pueden ser más importantes para la vida de

³¹ Los pormenores de estos artículos se encuentran en G. Standing, *Precariado. Una carta de derechos*, cit., pp. 152 y ss.

la gente del precariado que para aquellos trabajadores que aún tienen estabilidad, en realidad interesan a las dos situaciones dentro de la estructura de clases del capitalismo. Tal cosa, sin embargo, no es cierta para todos en el capitalismo. Para la elite burocrática, como la define Standing, la aplicación de los artículos de la carta, sin duda, mermaría su poder, su riqueza y su autonomía. Y lo mismo sería cierto para gran parte de los directivos, especialmente los sectores mejor pagados de la jerarquía de las empresas. En cuanto a los profitécnicos, algunos de los artículos de la carta serían inocuos, pero otros reducirían sus ventajas. Si tomamos los 29 artículos de la Carta del Precariado como una prueba de diagnóstico de las posiciones de clase respecto a las reglas del juego, veremos que el precariado y la clase obrera son partes de la misma clase.

El diagnóstico se hace algo más complicado cuando preguntamos si acaso hay otros cambios importantes en las reglas del juego que beneficiarían los intereses de la mayoría de la gente de la clase obrera pero que serían perjudiciales para el precariado. Por ejemplo, los cambios en la normativa de empleo que aumentarían la protección de los trabajadores al dificultar su despido ¿tendrían el efecto colateral de perjudicar al precariado? ¿Qué sucedería si se dieran cambios normativos en Estados Unidos para facilitar la sindicación de los trabajadores restringiendo las estrategias antisindicales de los patronos? Aquí aparecen ambigüedades reales porque ese tipo de cambios de las reglas podría tener el efecto colateral de ahondar en el dualismo del mercado de trabajo al dificultar que la gente en posición precaria consiga empleos más estables. Y, según sean dichos cambios, también es posible que hagan aumentar la cantidad de empleos precarios en relación con los estables.

Estas ambigüedades son la base para considerar que el precariado es un *segmento* específico de la clase obrera al nivel de las reglas del juego. Los distintos segmentos de una clase comparten los mismos intereses generales acerca de las reglas óptimas del juego dentro del capitalismo, pero difieren sobre la prioridad relativa de los cambios potenciales de las reglas y es posible que tengan intereses contrarios respecto a reglas concretas en ciertos contextos históricos.

Otra posibilidad es sostener que estas tensiones entre el segmento precario de la clase obrera y el resto de esta reflejen alguna forma concreta de *posición contradictoria dentro de las relaciones de clase* en el capitalismo del siglo XXI. La idea es que aquellos trabajadores que todavía tienen un derecho eficaz a su puesto de trabajo —esto es, la parte más segura, aunque decrecien-

te, de la clase obrera— tienen un tipo de derecho de propiedad que normalmente se asocia con la de los medios de producción, esto es, el derecho a despedir a un trabajador. Pueden despedirse del trabajo, pero no pueden ser despedidos. Los trabajadores completamente proletarizados carecen de estos derechos, al igual que los trabajadores fabriles de mediados del siglo XIX durante la Revolución Industrial, que carecían de todos los derechos y seguridades laborales. Estos trabajadores con derechos casi de propiedad sobre su puesto de trabajo se encuentran en una clara posición contradictoria dentro de las relaciones de clases³². De acuerdo con esta forma de entender el problema, gran parte del precariado integra, sin duda, la clase obrera, mientras que los trabajadores más seguros y protegidos ocupan una posición de clase privilegiada y contradictoria.

Y ¿qué decir respecto a las posiciones de clase definidas respecto a los *movimientos* en el juego? En el capítulo VI vimos que las microclases propuestas por Grusky y Weeden pueden considerarse como situaciones distintas dentro de la estructura de clases cuando la clase se define exclusivamente en función de los movimientos óptimos para realizar los intereses materiales según las reglas del juego. Es posible que el precariado y la clase obrera sean clases distintas cuando estas, las clases, se definen de este modo. Esta propuesta plantea dos problemas. El primero es que la clase obrera deja de ser «una» clase si reducimos la definición de clase a los movimientos en el juego. Los intereses materiales de los trabajadores situados en diferentes sectores y ocupaciones pueden divergir fácilmente lo bastante como para crear líneas de demarcación mientras los intereses se definan con respecto a los movimientos del juego en lugar de las reglas del propio juego. El segundo es que el propio precariado está dividido internamente en categorías diferentes en este nivel del análisis, como reconoce el propio Standing. Así, en tanto que la gente en todas las subcategorías del precariado puede compartir los intereses comunes reflejados en la Carta del Precariado, no comparten intereses definidos según las estrategias de acción de acuerdo con las reglas del capitalismo liberal.

³² Una posición contradictoria dentro de una relación de clase se da simultáneamente en más de una clase primaria. Los trabajadores que poseen este derecho tan claro a su puesto de trabajo, en cierto sentido, son «propietarios» de sus empleos y, por tanto, se parecen a la pequeña burguesía. La idea de que una seguridad efectiva en el empleo es una forma de derecho de propiedad fue propuesta por Philippe van Parijs en su ensayo «A Revolution in Class Theory», en Erik Olin Wright (ed.), *The Debate on Classes*, Londres, Verso, 1989, pp. 213-241.

En resumen, o bien el precariado es una parte de la clase obrera, si se analiza la clase en función de las reglas básicas del juego del capitalismo desarrollado del siglo XXI, o bien es un agregado de distintas situaciones de clase, si la clase se define de modo más estricto en función de intereses homogéneos según los movimientos del juego. El precariado, en cuanto segmento rápidamente creciente de la clase obrera y el mayor perjudicado por el capitalismo, puede tener una importante función por desempeñar en las luchas sobre las reglas del capitalismo y sobre el propio capitalismo, pero no es una clase por derecho propio.

Una posible respuesta a esta cuestión sería «¿y qué?». ¿A quién le importa? La importancia de la precariedad como parte de las condiciones vitales de millones de personas en el mundo hoy no depende de si esas personas pueden considerarse como pertenecientes a una clase en concreto. Lo que importa es la realidad de la condición en que se encuentran y qué pueda hacerse al respecto. También es cierto que, en determinados contextos retóricos, llamar clase al precariado puede ser útil como forma de legitimar y consolidar un programa de acción. Entiendo que es lo que Standing pretende con su Carta del Precariado. Pero, si el análisis de clases debe ayudarnos a desarrollar una forma coherente y consistente de comprender teóricamente las divisiones sociales y las posibilidades de transformación, los conceptos que usamos deben tener significados precisos que aclaren el carácter de los intereses compartidos y contradictorios y las capacidades colectivas potenciales. Y, a estos efectos, el hecho de tratar al precariado como una clase —aunque sea una clase que está haciéndose— antes sirve para oscurecer que para aclarar.